



UNA TRADUCCIÓN Y COMPILACIÓN REALIZADA POR EL GRUPO DE TRABAJO DE LA SIGMAROTECA

LA PALIZA

Bokkrog giró la cabeza de lado a lado con una serie de fuertes crujidos, sacudió sus brazos y dio unos cuantos golpes para practicar con su querida maza con púas. La tribu se había reunido en torno a ellos, gritando y alzando sus voces como si fueran tras una matanza; sólo el chamán estaba tranquilo, mirándole fijamente desde detrás de una máscara de pintura azul añil.

Su contrincante, Grakka la Lanza, estaba saltando en el barro sobre sus largos y asquerosos pies. Era más alto que Bokkrog, de brazos larguiruchos, todo cartílago y tendones y nada bueno que comer. Probablemente también pesaba la mitad que él, especialmente con la armadura que cubría el cuerpo de Bokkrog de pies a cabeza. Pero su oponente era más joven, lleno del fuego de la confianza, y tenía una loca sonrisa dentada que a Bokkrog no le gustaba nada. Tal vez éste deslizara su dentada hoja de lanza a través de un hueco en su armadura y terminara con todo. O tal vez no.

La armadura de placas puntiagudas le había salvado la vida más de una vez; su metal tenía un extraño tinte azul, y el resto de la tribu decía que traía suerte, tal vez incluso estaba bendecida por Gorkamorka. Llevándola encima todos los días, Bokkrog no se sentía tan bendecido. Pesaba una tonelada y le dolían todos los músculos, especialmente la rodilla. Y eso sin mencionar el thump-thump-thump que resonaba en su mente. Demasiado licor de garrapato la noche anterior, tal vez. O tal vez sólo estaba envejeciendo.

El imbécil delgaducho vino a por él, con la lanza extendida. Bokkrog resopló con desprecio mientras la paraba. Fue a partir la lanza por la mitad, pero la lanza giró, evitando su maza tan rápido como una serpiente. La punta salió disparada y le golpeó en el espacio entre la placa del pecho y la máscara de grandes mandíbulas. También se llevó un pedazo de su garganta. Sintió que la sangre le goteaba por la clavícula. Si Bokkrog no se hubiera retorcido en el último momento, le habría atravesado.

Deja que los jóvenes den unos cuantos golpes. Deja que se confíen. Será cuando la maza haga su trabajo.

Otro golpe de lanza. Demasiado rápido. Éste le quitó el casco, haciendo que le zumbaran los oídos. La multitud gritó y cacareó. Bokkrog se adelantó, con el dolor de su rodilla protestando, y luego sacó su maza con un rugido de indignación. Grakka saltó fuera de su alcance, un hur-hur-hur gutural que se escuchó a pesar del rugido de la multitud, antes de lanzar su lanza una vez más. Esta vez, Bokkrog la atrapó por detrás de la punta con su mano. Tiró con fuerza, la empuñadura de su maza se acercó para encontrarse con el joven tambaleante. Alcanzó a Grakka en la axila, arrancando un trozo de piel y músculo. La multitud aulló de aprobación mientras el joven retrocedía, escupiendo furia. Ríete de ezo, baztardo.

La lanza giró alrededor, y se extendió para evitar la parada. Luego la punta se movió tan rápido que Bokkrog no pudo hacer nada más que comerse el golpe. Chocó fuertemente contra su coraza, la gran losa de metal sonó como una campana. Bajó la cabeza y cargó, con los brazos extendidos para evitar que el joven se saliera de su trayectoria. Grakka saltó, poniendo un pie en su hombro y empujando hacia arriba y hacia abajo para aterrizar de un golpe en medio del ring. Bokkrog se tambaleó, con una mano deslizándose en el lodo mientras luchaba por mantener el equilibrio. La multitud que se reía estaba a su lado. Sintió una bota en la espalda y otra en la nuca. Bokkrog gruñó y les lanzó su maza, pero ellos se habían echado atrás. Ese Grakka tenía muchos compañeros aquí. Demasiados, pero de lejos.

Bokkrog siseó entre sus dientes, ahora ya enfadado. Se adelantó, listo para que la lanza le llegase una vez más; no tenía otra opción, dada la diferencia de alcance.



Sólo tenía que recibir el golpe en su armadura y luego devolverlo con la misma fuerza...

Grakka pateó el barro contra su cara. Le llenó todos los ojos y, con el yelmo puesto, no había forma de limpiarlo. Cegado, cargó instintivamente. Algo duro y mortal lo golpeó en la rodilla... la rodilla mala. En un resplandor de dolor, su pierna se dobló. Las palabras del chamán se deslizaron por su memoria en medio de la agonía. Camina con cojera, Bokkrog, y ya verás lo que te pasa.

Sintió una fuerte patada en la garganta, abriéndole la herida que ya tenía, y se hundió en el barro. Demasiado pesado para levantarse. Sentía como si se hubiera tragado su propia lengua. Luego un estallido de dolor le atravesó la barbilla, la punta de esa lanza mortal empujó para arrancarle la cara. Bokkrog rugió indignado mientras la asquerosa y dentada hoja salía de su máscara. De alguna manera se puso de rodillas, limpiándose la mugre de sus ojos justo a tiempo para ver la silueta de Grakka haciendo caer su lanza como un garrote. Porrazo.

Luego sólo oscuridad.

Era el crepúsculo cuando Bokkrog recuperó el sentido. La multitud se había ido, al igual que su armadura, arrancada descuidadamente con afilados cuchillos que habían dejado una docena de cortes y aberturas en su carne.

Se sentó, viendo la cantidad de brillantes heridas rojas que cubrían su cuerpo. Los golpes en su cabeza eran ahora diez veces peores - THUMP, THUMP, THUMP - pero, extrañamente, no le dolían. Tampoco sus heridas. Todo lo contrario, de hecho. Su sangre se evaporó, haciéndolo sentir extrañamente energizado cuando se puso de pie. La brisa se sintió limpia en su piel expuesta. Vigorizante, incluso.

El chamán seguía allí, mirando fijamente.

-¿Lo ziente?, dijo con voz ronca.

-¿El zonido de loz golpez?

-No ez zonido. Ez zenzación.

Algo hizo clic en la mente de Bokkrog. Sobre el chamán, las nubes estaban siendo arrastradas por un fuerte viento. Una de ellas se parecía a un jinete de jabalí que se abría paso lentamente a través de una pared de nubes blancas y espesas. No. No un jinete de jabalí. Algo mucho más grande. Más primitivo.

Un dios.

El chamán se acercó a él, sumergiendo sus nudosos dedos en un recipiente de hongos añiles. Bokkrog dejó que el viejo orruk le embadurnara el pigmento azul brillante de su cara y su pecho, demasiado fascinado por las nubes para detenerlo.

-Ya ez hora, ¿no?, dijo Bokkrog.

-Lo ez.

-Ya viene, ¿no?

-Zí.

-Entoncez, mejor que noz vayamoz.- Bokkrog se quitó las últimas correas de su armadura, tomó un hueso de tamaño decente de los escombros del borde del campamento, y se dirigió hacia el sonido de los golpes en su cabeza. Por una vez, no le dolió la rodilla. Se sintió... preparado.

-Azí mejor” - dijo el chamán distraídamente, mirando a las nubes.



REGALO MALDITO

-Voenthe y los suyos han regresado, Alto Oráculo - dijo Siskai.

Morathi no dejó de percibir el toque de consternación en la voz de la guerrera; era intrigante, ya que Siskai era una de sus asesinas más despiadadas e imperturbables.

-Traedlos - dijo Morathi, su voz alta y fría resonando por el pasillo.

Tan pronto como Siskai abrió las puertas de hierro del salón de audiencias del Corazón del Infierno, una enfermiza luz carmesí se derramó desde el pasillo. El hedor de la magia maldita llegó a las narices del Alto Oráculo. Se sentó al frente, con sus ojos oscuros brillando de emoción.

Seis figuras se tambaleaban a la vista, custodiadas en el punto de mira por un séquito de la guardia de la casa de Morathi. Todos estaban envueltos en capas y encapuchados, y aunque las cámaras reales estaban bañadas por una luz más intensa, las sombras parecían fluir alrededor de sus formas flexibles como agua corriente. Los Acechadores de la Sombra se arrodillaron por deferencia, y Morathi vio que todos ellos estaban envueltos en vendas de tela manchadas de sangre, con sus caras y carne desnuda ocultas. Morathi podía oler el olor de la carne podrida y estropeada.

-Alto Oráculo - dijo el líder de los Acechadores de la Sombra, una figura alta y delgada que llevaba la máscara espejada de una Reina del Sudario. El pelo serpenteante de Voenthe flotaba a su alrededor, como si estuviera bajo el agua. -Tu voluntad se ha cumplido. Traemos la Sangre de Khaine.

Los labios de Morathi se separaron de sus dientes en una sonrisa triunfante.

Voenthe hizo una señal con la mano, y uno de los marcados, una hembra, la sciansá gemela de una aelfa Bruja envainada en sus caderas, se acercó, agarrando un aguamanil de cristal oscuro en sus brazos temblorosos. Morathi reconoció el aura de la piedra nula que amortiguaba la magia, pero el recipiente brillaba en rojo y estaba entrecruzado por grietas astilladas.

-¿Esto es todo lo que me traes? - dijo.

La Reina del Sudario sacudió su cabeza. Dos de los guardias de la casa de Morathi se acercaron, arrastrando con ellos una pequeña y lamentable figura: un humano atado con cadenas, dos agujeros sangrantes donde sus ojos habían estado una vez. Llevaba las doradas ropas de un hechicero, y de sus sienes brotaban dos cuernos curvos. El hombre estaba susurrando y riéndose para sí mismo, claramente medio desorientado.

- Capturamos a este dentro de la Mandi de Varanthax - dijo Voenthe. - Una de las escorias de los Elegidos, encargada de la extracción de la Sangre de Khaine. Es de él de quien recuperamos la muestra que tenéis. Pero debo advertirle, señora, que esta sustancia es... es asquerosa, y es peligrosa. Una sola gota puede deformar la carne, y...

-Es la sangre del Todopoderoso Khaine - dijo Morathi. - Su poder es grande, sí, pero los fieles no deben temer su toque divino.



Alargó la mano y cogió el aguamanil, sintiendo el calor abrasador de su contenido a través del receptáculo de piedra nula. Aquí estaba, la sustancia que había buscado desde que oyó los rumores sobre su poder de transformación... varanita pura, la piedra del reino fundida de Ochopartes. Dentro de este aguamanil estaba el poder de rehacer la carne y, quizás, el alma misma. Esta era su salvación, su camino hacia una ascensión largamente deseada.

Un grito repentino apartó a Morathi de sus pensamientos. La persona que había llevado el aguamanil se había arrodillado, agarrándose el cráneo con las manos vendadas y gimiendo en agonía. Morathi miró a Siskai, y la Escama de Hierro gruñó y se adelantó, empujando al herido Acechador de las Sombras bruscamente al suelo. Agarrando un puñado de los envoltorios manchados de sangre, las Melusai las desataron y retrocedieron con un silbido de asco.

Morathi se acercó al convulso y ladeó la cabeza pensativamente mientras examinaba los efectos de la exposición a la varanita de primera mano. No era una visión muy bonita. En todo el cuerpo del Acechador de las Sombras, desde su cadera hasta su cuello, la carne se había transformado en docenas de bocas farfullantes y chasqueantes llenas de colmillos y lenguas de látigo que no coincidían. El cuerpo de la desdichada criatura se estaba devorando a sí mismo.

El Alto Oráculo abrió el aguamanil y lo inclinó suavemente hacia adelante. Una sola gota roja de sangre escapó del recipiente de cristal y salpicó la frente del individuo. Casi instantáneamente, la carne se onduló y burbujó como aceite hirviendo y un humo asqueroso y sulfuroso llenó la cámara. Morathi vio cómo los huesos del cráneo se derretían y plegaban, convirtiéndose en un bulto informe de materia; docenas de ojos inyectados en sangre brotaron de la nada y estallaron unos tentáculos de púas saboreando el aire con movimientos obscenos y hambrientos.

- Fascinante - dijo Morathi. Luego asintió con la cabeza a Siskai. La Escama de Hierro se adelantó y descargó su keldrisaíth coronada con una serpiente hacia la monstruosidad que se movía una y otra vez hasta que dejó de moverse. Al mismo tiempo, la Guardia Vipérica avanzó y se dispuso a masacrar al resto de los contaminados Acechadores de la Sombra. No ofrecieron ninguna resistencia al ser asesinados; claramente, la muerte fue un gran alivio.

El hechicero capturado comenzó a aullar de risa. Sólo un golpe violento de sus captoras Melusai silenció su alegría. Se desplomó en sus brazos, la sangre brotaba de su nariz aplastada. De los Acechadores de las Sombras, sólo Voenthe quedó con vida. La opaca máscara de guerra de la Reina del Sudario no traicionó ni una pizca de las emociones de su portador.

-Está claro que hay que hacer algunos experimentos - dijo el Alto Oráculo. - La varanita necesitará ser templada, y sus cualidades mutativas suprimidas. Afortunadamente, tengo algo de experiencia en estos asuntos. Dime una cosa, Voenthe: ¿podemos conseguir más?

Voenthe pareció dudar un momento antes de responder. - Mucha más, Alto Oráculo. Los agentes del Elegido han transformado la Mandíbula de Varanthax en el centro de una industria infernal. Utilizan criaturas demoníacas para atraer la varanita de debajo de la superficie de Ochopartes.

La Reina del Sudario señaló a su prisionero humano. - Éste sabe mucho sobre los planes del Elegido. Sirve al Invocador Demacrado conocido como el Devorador de Tomos, el miserable a quien Archaon le encarga la extracción de la sustancia.

-Me has servido bien, Voenthe - dijo Morathi, poniendo una mano sobre el hombro de su agente.

-Mi vida por Khaine, señora.

-En efecto - dijo Morathi.

Voenthe ni siquiera vio el cuchillo que se hundió en su corazón. El cuerpo de la Reina del Sudario cayó al suelo. El Alto Oráculo lamentó tener que deshacerse de tan útil bien, pero probablemente ya había sido contaminada y, en cualquier caso, lo que había sucedido en estas cámaras tenía que quedar entre Morathi y su Scáthborn por ahora. Tenía muchos más agentes con la marca sombría de mircath a su disposición.

- Ahora - dijo Morathi, volviéndose hacia el cautivo sin ojos. - Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, humano. Empezando por esto: ¿qué planea hacer el Elegido con la piedra del reino que está reuniendo?

- Mis labios están sellados - cacareó el hechicero, riéndose húmedamente a través de los dientes rotos. - ¡Sellados!

Morathi suspiró. - Llévadlo a las mazmorras.

Al final, el prisionero habló libre y desesperadamente. Cuando Morathi terminó de exprimir cada gota de información de la masa de carne que maullaba, salió de las mazmorras del dolor, limpiando la sangre de su cuchillo ritual.

Siskai estaba esperándola. La comandante de la guardia del Alto Oráculo no habló, pero Morathi pudo sentir la intranquilidad de las Melusai. Dejó que la guerrera se pusiera nerviosa durante varios minutos mientras subía la escalera curva de sus aposentos privados, pasando por una galería de estatuas... enemigos derrotados, atrapados para siempre en su último momento de agonía.

-El Elegido planea abrir las Puertas de Azyr - dijo por fin el Alto Oráculo. - Corromperá las puertas con varanita, transformándolas en portales de energía caótica a través de los cuales sus ejércitos marcharán hacia los cielos.

Siskai pensó en eso por un momento antes de responder. - ¿Qué nos preocupa a nosotros?

Morathi sonrió. - Es una perspectiva divertida, ¿verdad? Pero no podemos dejar que ocurra. Al menos, todavía no. Por ahora, nuestra alianza con Sigmar debe permanecer intacta, por mucho que me moleste fingir que ese tonto ingenuo es mi igual. De hecho, creo que debemos fortalecer nuestros lazos. Esta información me ofrece una oportunidad interesante.

Siskai no habló. Esa brevedad era una de las cosas que Morathi más valoraba de los Scáthborn.

- Necesito más varanita - dijo el Alto Oráculo. - Mucha más. Convoca a la Guardia Vipérica y prepárate para viajar. Debo hablar con el dios-hombre directamente. En cuanto Sigmar se entere de que tiene un cuchillo en la garganta, seguramente unirá su causa a la de Hagg Nar. Si todo va bien, me ayudará a reclamar lo que busco. Entonces comenzará el verdadero plan.



EL PRECIO DE LA TRAICIÓN

-¡Dadles una descarga!

El sargento Hascull notó el amargo olor de la valchemita cuando las llamas y el humo brotaron de los cañones de una docena de mosquetes. El disciplinado fuego liquidó a una veintena de enemigos que avanzaban, y cada certera bola hacía un agujero a través de la placa de acero, la carne y el hueso. Pero no era suficiente. Más guerreros aelfos se acercaron a grandes zancadas por el suelo empapado, las puntas de sus largas lanzas brillando en la niebla y sus grandes escudos en perfecta formación. Uno de ellos sostenía en alto un estandarte profano adornado con una iconografía inmundia y dos palabras familiares y despreciadas: Har Kuron.

Har Kuron. Ese era el nombre que los khainitas y sus compañeros insurrectos habían dado a Anvilgard, la ciudad natal de Hascull, la ciudad que habían saqueado en nombre de la architraidora Morathi. El odio de Hascull casi lo ahogó. Tantos camaradas muertos y perdidos, y pronto los lamentables restos de su mando se les unirían. Esta vez, no habría retirada.

-¡Segunda fila, fuego! - rugió, y otra ráfaga ondulante atravesó al enemigo. En este momento los lanceros aelfos estaban al pie de sus improvisadas barricadas. Con inquietante calma, comenzaron a arrastrarse por la colina fangosa, ignorando las bayonetas que los golpeaban.

-Ha sido un honor, muchachos - dijo Hascull. - Mostremos a estos malditos infieles cómo los Montaraces de Calimardiente afrontan su destino.

No en vano, los Montaraces eran considerados soldados de élite entre las filas de los Gremios Libres de Anvilgard. Los miembros del pelotón de Hascull lucharon como Grifocanes enfurecidos, tomando hachas, dagas y garrotes y lanzándose a la refriega. Pero el enemigo al menos triplicaba a su miserable docena, y no estaban exhaustos y hambrientos después de semanas de huida a través de las sofocantes selvas de la Costa Calimardiente. Con frío enfoque y diestra habilidad, los guerreros aelfos derribaron a los soldados de Hascull, empalándolos con precisos golpes de sus lanzas o golpeándolos hasta dejarlos inconscientes con las placas con forma de calavera de sus escudos.

- ¡Traidores! - Rugió Hascull.

El sargento giró su mosquete, agarrándolo por el cañón y balanceando la pesada culata de palo fierro bajo un escudo alzado para derribar a un Aelf que se le aproximaba. El aelfo rodó y se levantó a una velocidad cegadora, con los ojos tan inexpresivos y sin emociones como los de un tiburón desollador. Hascull sacó la pistola de su funda con una mano y disparó. Hubo una erupción de niebla rosa cuando su enemigo fue enviado al suelo.

Dejando caer el mosquete, Hascull abrió la recámara de su pistola y embistió otra bala. Las filas de los lanceros



aelfos se abrieron y una figura cruzó majestuosamente la brecha, su piel pálida brillando a la luz que se desvanecía. Vestía una túnica de medianoche y portaba un bastón bifurcado de oro. Una espesa melena de cabello blanco azotó sus crueles y angulosos rasgos mientras fijaba su mirada en Hascull. El sargento levantó su pistola, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, la mujer aelfa pronunció una única y áspera palabra.

Un dolor agonizante envolvió a Hascull de la cabeza a los pies, como si su piel estuviera sumergida en ácido hirviendo y ratas frenéticas se abrieran camino para soltarse de sus entrañas. Cayó al suelo pantanoso, jadeando y retorciéndose, rechinando los dientes con tanta fuerza que los sintió astillarse en su boca. La sangre brotó de sus ojos y nariz. A través de una neblina borrosa de agonía, vio acercarse a la bruja aelfa mirándolo como si no fuera más que un insecto que ella había aplastado bajo sus dedos de los pies.

-Criaturas tediosas - dijo. -¿Te falta la astucia suficiente para siquiera entender que tu tiempo se acabó?

Hascull trató de maldecirla como una traidora, pero sólo pudo articular un gemido sin palabras.

-Matadlos a todos - dijo su torturadora. - Y que sea rápido. Estoy cansada de cazar a estos parásitos.

Dos de los secuaces de ojos blanquecinos de la bruja se cernían sobre Hascull. Mientras levantaban sus lanzas, cerró los ojos y esperó el juicio del Dios-Rey.

-Alto ahí, bruja.

La voz clara y autoritaria atravesó el claro por encima de los quejidos y lamentos de los heridos. Hascull parpadeó y vio una reluciente punta de lanza flotando a un pelo de su globo ocular. La hechicera había levantado una mano y ahora miraba hacia una figura solitaria envuelta en una capa de piel de lagarto, sus manos descansando relajadamente sobre las empuñaduras de las dos cimitarras adornadas con joyas en su cinturón.

El recién llegado era otro aelfo y, a juzgar por sus llamativas galas y los tatuajes y feroces cicatrices que cruzaban su cráneo calvo, era del Azote, uno de los corsarios aelfos cazadores de bestias. Cualquier esperanza que Hascull hubiera tenido de ser rescatado se desvaneció de inmediato, ya que estos corsarios fueron de los primeros en cambiar sus capas a instancias de Morathi. De hecho, Hascull conocía demasiado bien a estos asesinos a sangre fría, porque los Montaraces de Calimardiente habían luchado junto los del Azote en muchas y feroces guerras fronterizas.

Después de todo, se encontró deseando que su destino estuviera en manos de la bruja aelfa.

-Soy Yhuveth Trask de la Serpiente de las Mareas - dijo el corsario. - Y reclamo a estos prisioneros.

-No tienes autoridad sobre mí, escoria marina - dijo la hechicera, sus palabras goteando con desprecio.-Yo sirvo a la propia Drusa Kraeth, y la matrona del aquelarre ha ordenado que todos los leales en un radio de cien leguas de Har Kuron sean purgados. Vete.

El Elfo del Azote se acercó más, aparentemente imperturbable ante el reluciente conjunto de lanzas y ballestas repetidoras que ahora apuntaban en su dirección.

-Las aldeas son nuestras - dijo. -Como se acordó con la propia Morathi-Khaine. Nadie niega al Azote lo que se le debe,bruja. No preguntaré por segunda vez.

-¿Te atreves a amenazarme? - escupió la bruja. -Atrapad inmediatamente a ese estúpido. Disfrutaré pelando la piel de sus arrogantes huesos.

Varios lanceros de ojos pálidos avanzaron, dirigiendo sus lanzas hacia las entrañas de Yhuveth Trask.

El aelfo calvo se encogió de hombros y levantó un dedo delgado hacia el cielo. -Que así sea.”

Hubo una ráfaga de aire silbante y proyectiles negros brotaron de las gargantas de los esclavos de la bruja. Se derrumbaron, sacudiéndose, y más misiles acribillaron sus cuerpos. Hascull rodó hacia un lado, colocando a uno de los muertos entre él y la tormenta repentina. Las cimitarras gemelas de Trask estuvieron en sus manos en un instante, y cruzó rápidamente el claro hacia la hechicera, rodando para evitar los rayos de llamas negras que ella le arrojó. Las cuchillas chocaron contra el metal cuando la bruja aelfa arremetió con su bastón, su rostro torcido por la furia.

Más proyectiles llegaron azotando el aire, derribando en masa a los guerreros aelfos de ojos blanquecinos incluso mientras estos reformaban su muro de escudos con silenciosa eficiencia. Entonces, con gritos espeluznantes, brotaron figuras de los pantanos que rodeaban el claro: corsarios y aelfos del bosque con mantos verdes, pero también humanos, estos últimos vistiendo túnicas andrajosas de color negro y escarlata.

- ¡Anvilgard resiste! - Rugieron, y Hascull sintió el primer atisbo de esperanza que había conocido en días.

Se puso en pie tambaleándose y rebuscó en el barro en busca de su pistola cargada. Sus dedos se cerraron alrededor de la tranquilizadora frialdad de su empuñadura de palo fierro. A no más de una docena de pies de distancia, el capitán corsario intercambió una relampagueante ráfaga de golpes con la bruja aelfa, la cual esquivó y golpeó con su bastón en el estómago de Trask antes de entrelazar su arma horizontalmente en su cuello.

-¿Te pones del lado de los humanos? - Escupió, presionando contra la garganta del corsario. -¿Contra los de tu propia especie?

“-Mi destino es solo mío para decidirlo - dijo Trask, con el rostro torcido mientras trataba de romper su agarre. -Y no participaré en los engaños de la Reina de las Sombras.

Las manos de Hascull estaban temblando, pero se apoyó en el cadáver de un aelfo asesinado y disparó. Su tiro dio en el blanco, y la bruja aelfa chilló y giró, agarrándose su hombro ensangrentado. Su mirada destelló hacia él, prometiendo la muerte, y arremetió contra su pecho usando la mano como si fuese una garra.

En ese momento, las cimitarras gemelas de Yhuveth Trask se hundieron en su estómago. La hechicera soltó un chillido penetrante y luego sus ojos negros como la boca rodaron hacia atrás en su cráneo. El corsario liberó sus espadas del cadáver y se volvió hacia Hascull.

-No ha estado mal - dijo, asintiendo a regañadientes.

Al acercarse, el aelf extendió una mano y ayudó al sargento a ponerse de pie. A su alrededor, los sonidos de la batalla se habían desvanecido. Hascull vio a sus heridos ser atendidos por sus rescatadores, mientras los corsarios caminaban entre los cuerpos del enemigo despachando a los supervivientes con eficientes estocadas.

-¿Aún podéis luchar tú y los tuyos? - dijo Trask, limpiando sus espadas en un lancero muerto.

-Sí - dijo Hascull. -Pero no lo entiendo. ¿Por qué...

-Porque no todos los de Anvilgard quieren tomar parte en esta locura - dijo Trask. -Y porque algunos en las flotas del Azote sabemos que se debe confundir una máscara de benevolencia con el rostro de serpiente que oculta. Tomad vuestras armas. Quedan muchos enemigos por matar.



MÁS DENSO QUE EL AGUA

-Mira, Sythus.

Él lo hace. Su madre Akheliana lo ha ordenado, por lo que Sythus Nemmetar, vástago de los Ionrach, mira desde la ventana de su mansión de coral hacia el abismo abierto.

No está seguro de querer hacerlo. La fortaleza de la familia Nemmetar se encuentra en las afueras de la ciudad de Priom, con vistas a los campos de algas donde trabajan los Namarti. Como resultado, tiene una vista despejada de los Allopexes salvajes destrozando a los esclavos de media alma más allá de los muros. Los agudos ojos de Sythus, en sintonía con la penumbra sin luz del océano, pueden detectar dónde el agua se está oscureciendo por la sangre que sale de los cuerpos rotos.

-Pensé ... - Sythus hace una pausa mientras su madre lo mira. Realmente no está prestando atención a los Namarti, y sabe que su sufrimiento no es el punto de la cuestión. Sythus sólo se preocupa por los Allopexes. Algo en su frenesí hechizante y resuelto le habla. Mientras una banda de Akhelianos liderada por un sacerdote Embailor acude para acorrallar a las bestias él traga, en busca de palabras.

-Pensaste que eran nuestras criaturas - concluye su madre. Entonces, ella hace algo tan inesperado que permanecerá con él incluso tras siglos de sangre y océanos. Su madre se arrodilla y apoya una mano en su hombro. Al instante, el niño Idoneth quiere retroceder. Pero ella no cede, y él tampoco. -Son nuestras criaturas sólo mientras nuestra voluntad siga siendo suprema - dice su madre. Sythus escucha, incluso mientras observa cómo el brazo del Embailor es arrancado en un repentino chasquido. -Titubea, y se convertirán en depredadores como cualquier otro. Recuerda eso. En sus corazones, son sólo depredadores.

Sythus—

—Abre los ojos. Hace una mueca.

Ahora hace muecas a menudo. Ha sido así desde que una doncella asesina khainita le cortó la mitad de la cara en Hagg Nar. Esta campaña a lo largo de la costa Calimardiente de Aqshy, en la que ahora luchan junto a esa orden sanguinaria para silenciar los pueblos que estuvieron vinculados a Anvilgard, no ha mejorado su estado de ánimo. Pero el Supremo Rey Volturnos lo ha ordenado, por lo que su fuerte mano derecha se encargará de verlo hecho realidad..

El maestro cazador Nemmetar todavía se estaba recuperando de un golpe que le propinó la propia Morathi cuando se concretó la alianza. Por lo tanto, como era de esperar, habría argumentado en contra de unirse a las hijas del Dios Asesino. Sin embargo los Idoneth jugaron su papel en la caída de Anvilgard y, cuando el martillo del Dios-Rey descienda, también podría golpearlos. Hará todo lo posible para asegurarse de que no llegue a Azyr ninguna palabra de su traición, como debe llamarse considerando los hechos.

Han masacrado cuatro asentamientos sigmaritas ahora con ese fin. Este es el quinto. Sentado encima de su corcel Deepmare, Nemmetar observa como los últimos defensores intentan replegarse. Los soldados humanos apenas pueden moverse en medio del estruendoso Mar Etérico, mientras que los aelfos son como manadas de enloquecidas Fangmoras. Las Hijas se toman su tiempo para purgar todas las calles, gritando juramentos de guerra alrededor de su vil caldero. La estatua sobre ese altar con ruedas ya ha sido sutilmente alterada, y sus características recuerdan más a la renacida Morathi-Khaine. Nemmetar lo ve. Se pregunta si los Khainitas lo harán.



Su propia Batida Olasangrienta, al menos, lucha con la eficiencia habitual. La muerte que causan es rápida, si no limpia, para los Alloplexes que sus akhelianos de élite montan siempre están hambrientos. Pero Nemmetar sabe que no es la crueldad lo que motiva a sus bestias atadas. Cazan porque no saben nada más, y en ellos, él ve almas gemelas. El maestro de caza asiente con la cabeza cuando pasa un grupo de jinetes de Alloplex, antes de desmontar y dejarse caer sobre las losas resbaladizas de la plaza del pueblo.

Con un murmullo casi subvocal, Nemmetar ordena a su Deepmare que mate a placer. Su última montura fue asesinada en las bóvedas de la ciudadela de Morathi, pero sabe que esta criatura regresará cuando la convoque. Todavía no ha nacido la bestia que no pueda someter. La sangre se acumula a sus pies mientras marcha a través del agua hacia la cámara del cóncave de la ciudad. La oscuridad fresca y resonante es un respiro del clamor del exterior. Pero no es por eso que ha venido.

El dulce aroma que desprende la flora de Calimardiente que arde en los braseros cercanos es casi abrumador, pero él permanece concentrado en la figura en el corazón de la cámara. Túnicas blancas inmaculadas se balancean sobre una armadura brillante y una hoja de Metal Solar. El aelfo permanece perfectamente equilibrado mientras ve entrar a Nemmetar, inclinando la cabeza.

-Maestro cazador.

-Me conoces.

-Luchamos juntos contra demonios en Tor Glimris - responde el maestro de la espada Lumineth. Su desdén amenaza con abrumar la conducta fría de Nemmetar. Que tales alianzas entre los hijos separados del Dios Mago ocurran no significa que le guste reconocerlo. - ¿Sabías que estaba aquí? - continúa el Lumineth.

-Los Escrutaalmas me confiaron sus sospechas mientras nos acercábamos. Los parientes deben tratar entre ellos. Y no hay lugar para recriminaciones. Conocemos los juegos de los de tu clase, engatusando a esos aldeanos y tirando de sus hilos mientras usabas la máscara de consejero.

-Una clásica declaración Idoneth. Ciegos a todos los matices fuera de vuestro propio egoísmo desesperado. La unidad tiene sus usos, o al menos los tenía hasta que rompisteis esos lazos. ¿Qué crees que pasará ahora que nuestros enemigos ven a los defensores de la civilización lanzarse unos al cuello de los otros? ¿Crees que los poderes oscuros serán más piosos que el Atronador? ¿O vuestro plan es esconderos, como siempre, y colocar a las fanáticas de Morathi en la ruta de ataque antes de que os hagan lo mismo?

Nemmetar no responde a tales sermones. Saca su alfanje y lo levanta en un rápido saludo. El Lumineth responde, y los dos aelfos se lanzan el uno contra el otro.

Lo que sigue no es un asunto prolongado. El Lumineth es rápido y su gran espada abre una veintena de heridas en la piel pálida del Idoneth. Pero el alma de Nemmetar es la de un depredador. Rasgar. Arrancar. Alimentarse. Viendo la más ínfima apertura Nemmetar rompe el intercambio de espadas y arremete. El Lumineth se tambalea cuando su espada cae al suelo, sus manos cortadas aún agarrando el mango. Cayendo de rodillas, se prepara y asiente. La espada de Nemmetar se levanta.

-Alto.

Y a pesar de todo, Nemmetar lo hace. Los humores coléricos surgen una vez más cuando se vuelve para enfrentarse al intruso. Nyirithia, su contraparte en el aquelarre Khainita, entra en la cámara junto a su séquito como si fuera la misma Reina de las Sombras. La sangre cubre su cuerpo y gotea de sus cuchillos en brillantes senderos carmesí. Sonriendo, Nyirithia niega con la cabeza antes de mirar al Lumineth.

-Modérate, Nemmetar. Recuerda nuestros términos. Se nos permite elegir el mejor sacrificio para Morathi-Khaine y, ahora mismo, ese es este hijo resplandeciente. - Casi escupe al aelfo mutilado, sus rasgos arrugándose en una alegría vípera. Antes de que se dé cuenta, Nemmetar aprieta el agarre de su alfanje.

-Su alma...

-Cuidado - Nyrithia gira con la rapidez de un latigazo, poniendo a la misma altura la hoja de su sciansá. Su cadencia burlona no concuerda con el asesinato que baila en sus ojos. Por un momento, Nemmetar quiere liberar la furia vergonzosa que se agita en su interior, partir y desgarrar hasta que el frío de las profundidades del océano lo inunde una vez más. La Reina Bruja continúa, no obstante.

-Piensa, maestro cazador. Si luchamos, nuestros guerreros luchan. Si nuestros guerreros luchan, nuestra gente lucha. Y si pelean, la diosa y tu Supremo Rey pelean de nuevo. Esas no eran las órdenes de Volturnos, ¿verdad?

No lo eran.

-Bien - asiente Nyrithia mientras la tensión se va desvaneciendo lentamente, su séquito arrastrando al Lumineth hacia los altares que aguardan. - Si nos hubiéramos peleado, habría odiado arruinar la otra mitad de ese hermoso rostro - Se ríe, tal como lo hizo mientras lo cortaba en Hagg Nar. Por un momento, sus miradas se bloquean y Nemmetar no puede evitar pensar en los ojos negros y vacíos de un Alloplex salvaje. Entonces Nyrithia mira hacia otro lado y todo lo que le queda son recuerdos de sangre en el agua y la advertencia de una madre.

-Ven, maestro cazador. Tenemos cuatro asentamientos más que atender y creo que finalmente estamos empezando a entendernos.



EN LA OȘCURA Y PROFUNDA MONTAÑA

-¿tá tó joío d'ojcuro aquí, ¿no? -dijo Slorgo, golpeando su inmensa cabeza contra una estalactita por tercera vez en otros tantos minutos.

-Casi ni me veo mis heridas.

-D'eso se trata, idiota - gruñó Broguph. El más grande y antiguo de los hermanos Murgg, su voz ronca hizo que cayera polvo de roca desde el techo de la cueva. -¿Qué pasa, tu cabeza s'ha quedao de lao después de que t'arreara ese doradito con el martillo brillante?

-Quizás un poco - admitió Slorgo. Todos habían recibido una paliza de una forma u otra y no tenían nada que mostrar salvo una nueva cosecha de lesiones. Sacó una flecha de la carne de su hombro. Hecho de metal en lugar de madera, el proyectil soltó un pequeño crujido de electricidad cuando lo quitó, junto con un chorro de sangre. Malditos doraditos, siempre tenía que haber uno mejor que los otros. Slorgo escupió un poco de saliva espesa en la palma de su mano y la golpeó sobre la herida para sellarla.

-Es para eso que hemos pasao tó el día apilando todos esos cantos rodaos y losas y todo eso para apuntalar la entrada - dijo Broguph. -Tener un poco de paz. Darnos tiempo para... ya sabes. Recuperar el aliento. Curarnos un poco.

Un gruñido vino del fondo de la enorme cueva. - Huir, más bien. - Mangor era visible como una figura descomunal, sentado con los codos sobre las rodillas y la cabeza inclinada. El joven Pisaguerras había estado de mal humor desde que la luz de la Luna Malvada se había deslizado trás de las nubes, y el destello loco en sus ojos se había desvanecido por completo. Sus tobillos y pies estaban hechos un desastre, cortados casi hasta los huesos por los tapones pelirrojos durante el desastroso ataque al Cripcolmilllo en el sur.

Slorgo hizo una mueca. Tenía que admitir que su hermano pequeño, si se podía llamar "pequeño" a alguien lo suficientemente grande como para aplanar un caballo con una mano, tenía razón. - No deberíamos estar escondidos aquí - murmuró, sacudiendo la cabeza. - Nacimos para derribar muros. No pa' pasar un día entero construyéndolos pa' escondernos como un puñao de debiluchos.

-¿Qué pasa, Slorgs? - dijo Broguph con los ojos entrecerrados y la voz cargada de malicia.

- Ná - dijo Slorgo, sacudiendo la cabeza. Entonces escuchó ese sonido de nuevo. Lo oía cada vez que ladeaba la cabeza. Thump, thump, thump, se fue. Sonaba como algo grande. Inclinandose y apoyando las manos en el suelo, apretó la oreja contra la piedra fría y áspera.

- Ahí'stá - dijo - ¿lo oís, muchachos?

Mangor simplemente se encogió de hombros. Broguph se volvió y gruñó. -No seguirás dándole vueltas a ese jodío ruido como de porrazos, ¿verdad?

-¿Realmente no puedes oírlo?

-Seguro qu'ès el sonido de tu gordo cabezón dándole al techo, idiota larguirucho. Si tanto te gusta te daré yo mismo un porrazo.

-Ná - dijo Slorgo. - Es más como si fuera...

Hubo un buuum colosal. Slorgo sintió como si le hubieran dado un puñetazo lateral con



un puño tan grande como una casa. Le picaban los ojos con locura, y raspó ferozmente su brazo contra la pared de la cueva, pero era su cabeza lo que más le dolía, sus oídos zumbaban con un leve gemido a pesar de sentir que estaban llenos de mugre invisible.

Entonces llegó un poco de luz desde la esquina de la cueva. Algo estaba pasando. Un montón de cosas, de hecho, todas musculosas y gordas al mismo tiempo. Cogió una piedra y se la arrojó. No tuvo puntería: la roca explotó por encima de la brecha que las cosas habían volado en la pared, pero la ignoraron.

Ogors. Te derribarían si fueran muchos. Incluso había oído historias de ellos masticando a gargantes caídos mientras aún estaban vivos. Eran más pequeños en comparación con un gargante, pero no tan pequeños como los mequetrefes, y lo suficientemente grandes como para llevar ...

Otro buuum, esta vez sintió dolores agudos en las espinillas.

... lo suficientemente grandes como para llevar esos grandes disparadores de metal que a los mequetrefes les gustaba hacer. Esos con los que los gargantes sabían que debían andar con ojo.

Cañones.

El rostro de Broguph asomó a través de la oscuridad, lo suficientemente espantoso como para devolverlo a sus sentidos. Su hermano mayor había sido golpeado por un rayo de arriba a abajo en el Cripcolmilllo, quemándolo de la cabeza a los pies, y eso no lo había vuelto más guapo. - ¡Cógelos, idiota! - gritó mientras pasaba atropelladamente, balanceando fuertemente su garrote hacia abajo para aplastar a dos de los ogors armados con cañones hasta convertirlos en una papilla sanguinolenta.

Otra explosión. Algo pasó zumbando junto al rostro de Slorgo. Vio más de las pequeñas cosas gordas habriéndose paso a través del agujero que habían volado en la pared de la cueva. Había muchos de ellos. Tenían la piel gris verdosa manchada de hollín, músculos rancios y flacidez iluminada por los pequeños palos de fuego que usaban para encender sus cañones. Con sus ojos muy abiertos y sus sonrisas aún más amplias, los ogors se estaban divirtiendo. Algunos tenían pequeños compañeros grot que hacían rodar barriles hacia Broguph por el suelo pedregoso. Los barriles no contenían nada bueno, dado que de ellos salían cuerdas de fuego siseante.

Mangor surgió de la oscuridad y arrojó una losa sobre ellos, aplastando los barriles en una llamarada de fuego y atrapando la pierna de un ogor en el proceso. El pequeño idiota dejó caer su cañón, chillando como un jabalí atrapado. Mangor recogió la pistola de metal y la arrojó a la gruesa hilera de ogors que entraban por el hueco. Golpeó al jefe ogor en la parte delantera, rebotando en la enorme placa de armadura verde que cubría su estómago y lo dejó tambaleándose por un momento. Rugió de ira, agitando su gran maza puntiaguda para que sus compañeros cargaran.

Más fuego de cañón. El olor a humo de pistola y sangre era empalagoso y espeso, tanto que Slorgo sintió que le picaba la garganta. Pudo distinguir algo importante entre la masa. Parecían un par de carros, cada uno tirado por un rinoceronte y con un cañón realmente impresionante montado en la parte trasera. Slorgo alzó un pie y pisoteó a uno de los tragones que le embestía mientras se movía para verlo más de cerca. El pequeño bruto estalló agradablemente, su cañón rodando con un ruido sordo.

Otra explosión. Esta vez Slorgo cayó. Todos lo hicieron.

La entrada de la cueva, bloqueada hace un momento por la gruesa pared de losas de basalto y rocas de los Mega-Gargantes, se abrió de par en par. A través de él se abrió paso un enorme cráneo de toro con cuernos, tan grande que habrían hecho falta los tres hermanos Murgg para levantarlo, montado sobre un colosal ariete. Slorgo apenas pudo distinguir los equipos de troggoths y gargantes que lo habían colocado en posición a través del polvo de roca pulverizada. Y allí, de pie encima de la cosa, estaba el Rey de los Orruks.

Gordrakk. Incluso Slorgo conocía su nombre.

-¡Bazta de tanto puñetero jaleo!” bramó el rey orruk. “¡Bazta de perder el tiempo en montañaz y viejaz criptaz polvorientaz! ¡Un combate como dioz manda noz ezpera, en campo abierto ezta vez! ¡Vozotroz! - al decir esto agitó una de sus hachas dentadas, un gesto que abarcó no solo a los Murgg, sino también a los ogors moradores de las cavernas que lo observaban pasmados con asombro. - ¡Y me refiero a todoz vozotroz! ¡Oz veníz connmigo! Noz dirijimoz al ezte, muchachoz. ¡Tenemoz una ziudá k'aplastar! ¡Waaagh!

A la estridente aclamación se unieron los que le seguían, extendiéndola y haciéndola tan fuerte que hizo eco a través de la cueva abierta. Incluso los ogors se unieron, arrojando sus cañones y emergiendo a la luz para ver mejor el titánico ariete fuera de la cueva.

Slorgo sintió una energía extraña y vital zumbando en sus venas. Alzándose en toda su altura, pudo ver un mar de pieles verdes que se extendía hasta los límites de su visión. Sonrió, el aire frío de la montaña silbando a través de los dientes que le faltaban, y luego se echó a reír con la idea de aplastar una ciudad entera bajo sus pies.

Esos pelagatos humanos iban a recibir la patada que tanto se merecían.



EL ODIOSO ÉXTASIS

Era una fiesta como ninguna otra. Era un desfile de pecado que podría marcar un reino durante generaciones, un torrente de depravación que podía competir con los que rugían en los propios salones del Príncipe Ausente.

Y Gestharyx se lo estaba perdiendo.

El Señor del Dolor no recordaba haber jurado lealtad al traicionero Tzeentch. Los azules cambiantes y los espeluznantes rosas heliotrópicos nunca habían sido sus colores, ni deseaba particularmente dominar las artes mágicas. Aunque seguramente, reflexionó Gestharyx, tal cambio de opinión debía haberle ocurrido para que fuera bendecido con un destino tan trillado e irónico. ¿No había sido él, Gestharyx el Cruzarreinos, quien había sitiado las torres negras de las aelfas Khainitas? ¿No fue también él, el más ingenioso atormentador de entre los amados de Slaanesh, quien había navegado con la Heraldo Corazón de Pecado hasta Hagg Nar y había ganado tiempo para que la ingrata Morathi completara su bonito ritual y hiciera realidad la Profecía del parto?

Y por este devoto servicio, Gestharyx había sido relegado a liderar a los Sibaritas en la defensa del Hueco Abisal de Ulgu, permitiendo que aquellos a la sombra de su proteico engendro divino ofrendaran su extática adoración sin inhibiciones.

- Es indignante - murmuró Gestharyx, mientras miraba desde lo alto del afloramiento rocoso hacia la oscura depresión de abajo. - Es ... un insulto abominable.

-¡Abominable! - Gritó Pasathan a su lado. Que Gestharyx no se hubiera dirigido al Arquero Puntagozosa no pareció entrarle en la cabeza mientras Pasathan abría sus brazos, sus cadenas doradas traqueteando donde no atravesaban la carne. -Un verdaderamente odioso ...

-Cállate - espetó Gestharyx. -Por los Seis Infiernos Deliciosos, cállate. Nunca pensé que la adulación podría irritarme tanto hasta que te conocí - Brotó la necesidad de resquebrajar el cráneo del Puntagozosa, y no por primera vez. Gestharyx estaba extendiendo su mano hacia su maza enfundada cuando el Amo del Dolor Rall dio un paso a su derecha.

-Nuestros exploradores han regresado. Vienen más. - La voz de Rall carecía de toda emoción hasta resultar casi una parodia. Poco podía decir Gestharyx sobre el Myrmidesh con yelmo dorado. Habiendo olvidado su ira con la misma rapidez con la que había surgido, el Señor del Dolor suspiró y chasqueó la lengua.

-¿Los cachorros del Dios de la Sangre? - preguntó, poniendo los ojos en blanco cuando Rall asintió. Incluso desde el inicio de la juerga, los ejércitos de Khorne se habían lanzado contra el Hueco Abisal. Se había apoderado de ellos una influencia enloquecedora que los llevaba a atravesar las brumas traicioneras de Ulgu para asaltar este terreno sagrado en oleadas casi constantes. Algunos habían estado cerca de romper las defensas, dejando montones de hedonitas masacrados a su paso. Esta última incursión probablemente no fuera más que una banda guerrera, pero Gestharyx no era un táctico tan descuidado como para subestimarla. Rall se encogió de hombros.

-Se llaman a sí mismos " Los Saciados de Sangre ".

-NatUralmente. Con ellos siempre hay sangre esto, calaveras aquello - murmuró el Señor del Dolor. Otra cacofonía de éxtasis delirante surgió de detrás de las defensas Sybarite mientras el dios-cosa pulsaba. Por la forma en que Rall exhaló y Pasathan chilló, pareció que ellos también sintieron el retorcimiento en sus almas, pero todo lo que soltó Gestharyx fue un gruñido frustrado. -Aquellos de Neiroth's Ridge... ¿Cómo se llamaban?



-Los Desollados.

-¡Los Desollados! Aquel sí que era un nombre - sonrió Gestharyx, lleno de entusiasmo repentino. -Crudo, pero mostraba un poco de imaginación de su parte - Tan pronto como terminó de hablar, aullantes gritos de guerra anunciaron la llegada de una masa de Saqueasangres, que emergió de la oscuridad cargando a trompicones. El Señor del Dolor se enderezó y le dio una palmada en el hombro a Rall con una sonrisa furiosa. -Bueno, tal vez esto no sea del todo malo.

Aun cuando lluvias de flechas punzantes cayeron sobre ellos, la carga de los Saqueasangres no flaqueó, el asesinato brillando en sus ojos. Mientras chocaban contra los Portadores del Dolor de Rall, el tumulto se convirtió en una vorágine de aullidos alegres. Rall blandió su espada con su talento habitual, cortando las cabezas de dos bárbaros de un solo golpe preciso, pese a que otro de los Myrmidesh fue destrozado por una ráfaga de golpes de hacha.

-Señor del dolor. - Mientras Gestharyx levantaba su maza de púas de entre los restos espasmódicos de un Saqueasangre, una voz gutural atrajo su atención. La enorme figura cornuda apartó a sus parientes con una furia incontenible, sus músculos flexionándose bajo su carne rubicunda. El bruto seguidamente se detuvo ante Gestharyx y levantó un hacha de gran tamaño, la runa del cráneo de Khorne ardiendo donde estaba grabada en su pecho. -Soy Rornos Nacido-de-Demonios, Portamuerte de ...

-Normalmente, escucharía tu torpe pavoneo en su totalidad - intervino Gestharyx, suspirando cuando el Portamuerte vaciló sorprendido. -Pero hoy estoy de mal humor. ¿Podemos acabar con esto, desgraciado?

Con un rugido, Rornos se lanzó hacia adelante con una velocidad que tomó al Señor del Dolor con la guardia baja. Gestharyx se tambaleó cuando el hacha se hundió en su pecho desnudo. No fue un corte profundo, o al menos no letal, y el campeón sintió que su espíritu se elevaba una vez más mientras una bendita agonía lo recorría. Gestharyx se arrojó hacia atrás y la sangre le brotó de la herida. Se echó a reír y detuvo un golpe subsiguiente con el mango de su garrote. Durante un tiempo, los dos simplemente intercambiaron golpes, la rabia sangrienta de Rornos le hacía ignorar impactos tremendos mientras Gestharyx se apartaba velozmente del hacha del Portamuerte.

Gestharyx se estaba preparando para hacer un nuevo comentario mordaz cuando una oleada de manía llenó su alma. El esfuerzo frenético de algo desesperado por nacer se retorció contra los grilletes de la realidad con tal fuerza que hizo temblar el éter. Todos los hedonitas lo sintieron, un fuego en la mente que los impulsó a cometer mayores asesinatos. Cayendo con renovada furia sobre un asombrado Rornos, Gestharyx apenas se pudo controlar a sí mismo y fue vagamente consciente mientras la cabeza de su maza chocaba contra el cráneo del enemigo una y otra y otra vez ...

-Gestharyx.

La entonación dulce como la miel de su nombre sacó al Señor del Dolor de su frenesí. Tambaleándose, miró hacia la ruina de carne brutalizada que había sido Rornos Nacido de Demonios mientras los últimos Saqueasangres caían a su alrededor. La atención de Gestharyx, sin embargo, se dirigió irrepresiblemente a la figura luminosa que tenía ante él. Glavia Corazón de Pecado esbozaba una sonrisa beatífica mientras permanecía sobre una alfombra de Puntagozosas que se retorcían y gemían. Incluso para tratarse de una de las doncellas del Príncipe Oscuro, el demonio siempre había poseído una cualidad de otro mundo. Desde que llegaron al Hueco Abisal, se habían vuelto prácticamente radiantes, sus ojos opalescentes llenos de propósito divino. Incluso mientras fruncía el ceño, Gestharyx luchó por no dejarse sofocar por esos orbes hipnóticos.

-Me prometiste gloria, divina. Dijiste que debía permanecer al lado del Príncipe. - Gestharyx casi escupió las palabras, apuntando con su maza al demonio. -Sin embargo, estoy condenado a esto ...

-Gestharyx - susurró Corazón de Pecado. Uno de los delgados brazos del demonio se extendió, y una mano rozó al campeón suavemente debajo de la barbilla. La ira desapareció del Señor del Dolor cuando sintió que su alma se contraía. -Nuestro leal Cruzarreinos. Muchos demuestran ser falsos, pero tú no. Siempre has sido un verdadero

servidor. Llegará el momento de la génesis. Cuando seamos bendecidos con poder escuchar la voz divina y ser testigos de las brillantes garras que cortarán la realidad en dos, ¿quién será conocido por luchar con tanto vigor?

Glavia lo estaba halagando, Gestharyx lo sabía. Sin embargo, ¿la adulación no era un sacramento para el Príncipe Oscuro? Y si de hecho fue su orgullo el que lo atrapó en esta tarea, ¿no era esa en sí mismo una forma de adoración?

-Pero ¿cuándo? - preguntó el Señor del Dolor, mirando al demonio mientras la furia era reemplazada por una necesidad entusiasta. -¿Cuándo será el momento? '- La sonrisa angelical de Glavia se ensanchó cuando miraron hacia arriba, contemplando un horizonte que ningún otro podía ver.

-Cuando el espejo de la mente de los hombres se abra ante nosotros y el banquete robado sea ofrecido una vez más. Entonces, cariño ... entonces, todo lo que deseamos será nuestro.



EL ATISBO

Skragrott se frotó los ojos con las palmas de sus huesudas manos, intentando con todas sus fuerzas mitigar el dolor que hacía que le palpitara la cabeza. Pum, pum, pum, le hacía. Tan insistente como si hubiese algo atrapado dentro de su cerebro arrasado por los hongos. Venía algo grande, algo que se moría por romper su cráneo y salir en una explosión de trocitos de hueso, como en las explosiones de esporas de los hongos kazkakabezas. Esto le ponía de demasiado mal humor.

El estrépito de la horda al avanzar no le estaba ayudando a solucionar lo de su dolor de cabeza. Mientras manoseaba los destellos que llevaba dentro de un bolsillo oculto en su túnica (compradas a cambio de mucho azogue y alisadas a causa de su sobeteo constante) se detuvo y contempló al vasto ejército que cruzaba las Tierras Interiores de Ghur. Una alfombra verdosa compuesta por decenas de miles de orruks de todas las razas, formas y tonos de verde concebibles se extendía de este a oeste, cada uno de ellos empeñado en desatar la violencia a su propio estilo sobre la ciudad de zonrozaos que se encontraba al final de su trayecto. Entre ellos, no solo estaban los compañeros del Clan de la Luna de Skragrott (triángulos negros tambaleantes que pululaban entre el polvo ocre), sino también Reptadorez Zinieztroz subidos a sus arácnidos gigantes, atontolinados troggoths que eran arrastrados por el trájín, ogors a los que les rugían las tripas e incluso Mega-Gargantes que tapaban el sol al caminar. Tenía planes para este último contingente pero, de momento, tenía que esperar el momento idóneo. A decir verdad, no lo estaba disfrutando en absoluto.

Durante un tiempo, el ambiente de alegría violenta había sido contagioso y Skragrott se había visto encandilado, sonriendo como la mismísima Luna Malvada hasta que los músculos de la parte de atrás de su cabeza le dolieron. Pero habían pasado varias semanas desde que partieron y aún estaban a miles de kilómetros de su destino. El estruendo constante de la marcha de los pielesverdes y el burbujeo de la energía del ¡Waaagh!, siempre a punto de detonar en un frenesí violento, estaba afectando permanentemente a sus nervios. Si no fuese porque Gordrakk estaba al frente de la extensa columna todo el ejército habría colapsado sobre sí mismo hacía mucho, pero nadie quería arriesgarse a desatar la ira del Puño de Gorko. Skragrott el que menos, después de todo lo que había pasado para tener al gigantesco zoquete de su parte.

-¡Jefe! - gritó uno de sus corredores, un grot llamado Spitey subido en un colmibramante, que llegó hasta él con un salto que provocó que levantara una nube de polvo. -Jefe, a tuz chalaoz ze lez ha vuelto a ir. Eztán haciendo esto. -El jinete hizo una mueca sacando la lengua y meneando las orejas. - Ez muy divertido, pero uno de elloz eztá ezcupiendo por loz ojoj un humo negro ke huele mal.

Skragrott soltó un sonoro suspiro, se dio la vuelta y se dirigió hacia la jaula llena de cautivos que mantenía en la parte de atrás de la columna, soportando las pullas y las acusaciones de los orruks que pasaban a su lado. Menudo glorioso líder era aquí, en Ghur, sin su trono pinchado. En Barranko del Dezparrame, al menos los pielesverdes más grandes sabían tratarle con algo que se acercaba al respeto.

La jaula estaba hecha con restos y era fea como el pecado. Estaba repleta de bordes afilados y de óxido, y se estremecía al rodar sobre sus seis ruedas desiguales cuyo chirrido constante repelía



a Skragrott, pero que era absolutamente necesario para evitar que los videntes que contenía se envalentonasen. Una gran efigie de madera de la Luna Malvada había sido atada con cadenas a lo alto de la jaula para mantener acobardados a sus ocupantes y cumplía con su cometido casi todo el rato.

Skragrott había ordenado que se llevasen la prisión portátil desde que partieron para unir fuerzas con Gordrakk, azuzando a sus troggoths de mayor confianza para que la empujasen a través de la puerta al reino de Chamon situada debajo de Kolina Grandota y haciéndoles tirar de ella todo el camino hasta este punto en medio de la nada de Ghur. Les dijo a los chikoz que la quería para practicar sus métodos de tortura, pero la verdad era que los videntes y profetas de su interior eran inestimables para poder atisbar eventos del futuro. Durante la marcha le resultaría imposible visitar el frenopático fúngico de debajo de Barranko del Dezparrame así que optó por llevarse con él a los mejores; es decir, aquellos que aún no habían sido reclamados por sus muros atestados de hongos. Spitey tenía razón: sus ocupantes estaban gimiendo, farfullando y quejándose mientras sus escuálidas manos se sujetaban con fuerza a los barrotes. Uno de ellos estaba temblando tirando en el suelo y le salían de los ojos unas finas hebras de humo negro. Estaba claro que el ¡Waaagh! de Gordrakk les había afectado un poco de más.

-¡Kallaoz! - gritó el Lunarca. - ¡Cerrad vuestras malditas bocas u oz rajaré laz tripaz! ¡Zolo hablaréis kundo yo oz lo diga! - Se encaminó hacia la jaula y subió de un salto a la plataforma, dirigiendo a los cautivos todo el mal de ojo que pudo reunir. Todos ellos se encogieron: el oscuro hombre de las mareas de Shyish que siempre estaba parlotando sobre los secretos de Lunaghash, el azyrita de túnica desgarrada cuyas constelaciones de hilo de plata resplandecían entre la suciedad, incluso el aelfo que estaba demacrado, ciego y espantoso desde que Skragrott le sacó los ojos.

Todos excepto uno.

Un tipo enorme, con una túnica hecha trizas, con tatuajes espirales rosas y azules en su cara que parecían retorcerse y brillar desde dentro, y que estaba aferrado al menos endeble de los barrotes de la jaula cruzó su mirada con la de Skragrott sin retroceder. El Vidente de la Isla de Cristal, se llamaba a sí mismo. Rezongó y abrió la boca para decir algo.

Skragrott le dio un puñetazo en los dientes. Prácticamente le cabía el puño entero dentro de ola boca, y soltó los destellos que había estado guardando dentro de su palma sudorosa. Sacó su mano de un tirón, arrastrando hilillos de sangre y de saliva, dejando tres de los extraños guijarros dentro del gznate del vidente mientras el resto repiqueteaba al caer sobre el suelo irregular de latón de la jaula.

- Atragántate con eso - dijo Skragrott, contemplando con gran satisfacción como el clarividente chulito empezaba a temblar, a sacudir los barrotes y a echar espumarajos por la boca. - Trágate todo, tipejo bokazas, y ezkue todoz tuz zekretos.

El vidente soltó un gemido que empezó tan bajo que parecía el murmullo de un troggoth, pero que ascendió hasta convertirse en un tono agudo perforante como el del pitido de la olla de un Brewgit. Embistió contra los barrotes de la jaula como si le hubiese empujado una mano invisible gigante, su cara quedándose a una mano de distancia de la puntiaguda nariz de Skragrott, y le lanzó una mirada cargada de furia. Uno de sus ojos era una espiral rosa. El otro, azul. Esos ojos parecieron crecer y crecer hasta que Skragrott sintió que se hundía en ellos. Que se ahogaba en su interior.

El Vidente de la Isla de Cristal ya no era un mendigo harapiento y descalzo, sino un Magister enorme engalanado con sedas centelleantes y placas de armadura acanaladas, que de alguna manera había salido de la jaula y bullía de ira. No tenía dos ojos, sino tres: uno de ellos justo en el centro de su frente. Ese nuevo ojo ardía con tanta intensidad que Skragrott tuvo que entrecerrar los ojos, como si estuviese mirando directamente al sol de Hysh, pero no podía apartar la mirada. Sintió como su alma se secaba, como una mano sin protección que se mantenía en la boca de un horno. El hechicero crecía más y más; su boca se abría de manera imposible y de su interior se derramaba una avalancha de destellos.

-¿Buscas profecías, desgraciado? ¡Te diriges a tu muerte! – atronó. - ¡La puerta se romperá! ¡La tierra se desgarrará! ¡El cielo se comerá a la tormenta, y la marea de la serpiente se alzará! ¡El acertijo de El Cambiador nace otra vez por el espejo fragmentado del Príncipe Oscuro!

Skragrott se acobardó. Le ardía la mente. Estando en el Barranco se pensó dos veces si enjaular a este, pero solo ahora le había quedado claro la magnitud de su error. Era una presa atrapada por su depredador natural y sin esperanzas de escapar. Sus extremidades temblaban incontrolablemente y se encogió, mirando desde abajo al terror cubierto de plumas, túnicas y extremidades con las articulaciones invertidas que continuaba creciendo y desplegándose para comerle entero.

Y allí, asomando por encima de su hombro, se encontraba la luna.

Estaba susurrando algo. Skragrott se esforzó para oírla y se inclinó hacia ella. Creció hacia ella. De alguna forma se volvió más alto, aproximándose a ella, hinchándose de poder a medida que se centraba en la luna mientras esta se soltaba de sus cadenas. -¿El ké? - dijo el Lunarca, su voz la de un millón de trogloditas gritando al unísono. - ¿Ké haz dicho? - Ahora era un gigante, mucho más alto que los gargantes que se habían esfumado entre las sombras grises de la columna, prácticamente insignificantes al compararlos con lo que importaba de verdad: el adorador del Caos que se había atrevido a atacarle.

Skragrott recogió las cadenas de la luna con su puño del tamaño de una montaña y tiró. Con gran esfuerzo la hizo dar vueltas y más vueltas, y su masa dibujó espirales erráticas en el polvo a medida que iba cogiendo inercia. La efigie lunar se carcajeaba mientras zumbaba atravesando el aire resplandeciente, y una cola de repugnante fuego amarillo verdoso salía de sus cráteres.

El titán emplumado que tenía delante se lanzó a por él. Sus nueve garras se estiraron para hacer pedazos su alma, pero esta vez Skragrott estaba preparado. Soltó su bola de demolición lunar y golpeó a la aparición justo en la tripa, haciendo estallar al ser horripilante en un millón de astillas de cristal roto. La Luna Malvada soltó un grito de triunfo y, de repente, volvía a colgar en el firmamento. Tan fría, distante y silenciosa como una tumba.

Skragrott sacudió la cabeza como si se acabase de despertar de una pesadilla, y se tuvo que armar de valor para volver a mirar al interior de la jaula. El Vidente de la Isla de Cristal se había convertido en una masa informe, en un pilar de hongos brillantes con apéndices parecidos a extremidades que crecían alrededor de los barrotes de la jaula. Una nube de esporas grisáceas se disipaba lentamente a su alrededor. Skragrott miró hacia arriba. La gran efigie de la Luna Malvada en lo alto de la jaula le miraba desde arriba, al igual que antes, pero su sonrisa parecía un poco más ancha y sus cadenas habían desaparecido por completo.

-Um - dijo el Lunarca. - Eh... ¡vale! ¡Ke ezto zea una lekzión para el resto de vozotroz! ¡Zi oz metéiz kon el jefe akabaréiz... akabaréiz champiñonizadoz!

Skragrott intentó agitar su bastón amenazadoramente pero, en vez de eso, trastabilló un poco y se enderezó con toda la dignidad que pudo reunir. Con su túnica empapada de sudor, se abrió paso de vuelta al frente de la columna. Había restaurado un poco el orden, gracias a Morko.

Aunque no estaba muy seguro de cómo lo había hecho.



EL HIJO DORADO

Mientras su Guardia del Hogar se reagrupaba en el santuario de Grimnir y tomaba posiciones defensivas, el Hijo Rúnico Tornjog de la logia Storkhar se volvió hacia su Golpearunas y planteó la pregunta:

¿Cuánto queda?

¿Cuánto queda para que muramos? Porque, indudablemente, todos ellos iban a morir. Aunque sus hermanos siguiesen lanzando juramentos desafiantes, Tornjog había visto la vomitiva ruina de la carne que los invasores habían dejado en los grandes salones de la logia. El legado de los Storkhar llegaba a su fin, incluso si de alguna manera lograban ganar esta batalla. Aun así, cobrarían por cada palmo de terreno con sangre. Así se lo prometió

-Segundos. Minutos, tal vez.- contestó el sacerdote, encogiéndose de hombros. Su tono despreocupado casi le hizo reír. El Hijo Rúnico hizo ademán de responder, pero quedó paralizado. No era el más agraciado de sus hermanos, pero el reflejo que le devolvía la mirada desde la pulida máscara del sacerdote era grotesco: piel colgando, un vientre parcialmente desgarrado, una lengua hinchada brotando de una cara sin ojos. Más reflejos miraban lascivamente desde las estatuas pulidas del santuario, volviéndose más horribles por momentos. El ambiente se calentó cuando el Golpearunas chocó el borde de su báculo contra el suelo enlosado, conjurando un muro de fuego en la entrada de la cámara hexagonal. Apretando los dientes, Tornjog se sacudió el malestar y preparó el hacha.

Se oyeron unas pisadas aproximándose, no lentas, si no más bien lánguidas, casi aburridas. Sus ecos llegaban de más allá del siseante muro de llamas, acercándose progresivamente. Tornjog sintió sus dientes rechinar, y sus dedos tamborileaban sobre el mango de su arma.

Las pisadas se detuvieron frente a la ardiente barrera. Las llamas parecieron hincharse y ondular hacia afuera. Con un rugido, estallaron antes de reformarse, enmarcando una alta figura con la capa flotando a su espalda. Emitía una luz tan fiera e intensa que incluso Tornjog tuvo que apartar la vista, aunque se recuperó a tiempo para desenfundar un hacha arrojadiza y añadirla a las que lanzaba su Guardia del Hogar. La mayoría estalló el pleno vuelo frente a la figura. La suya giró, imparable, en su mortal camino. Hubo un destello de movimiento dorado, y de repente el invasor estaba sosteniendo el hacha, la hoja a centímetros de su cabeza. Mientras echaba el arma a un lado, el Hijo Rúnico contempló la cara del intruso. Pese a su consternación, el duardin sintió como se le aflojaban los brazos. Era hermoso. Muy, muy hermoso. La vil crueldad que bailaba en sus ojos no hacía si no intensificar ese hecho.

-¡Saludos! - dijo con una sonrisa la hermosa muerte, desenvainando un estoque plateado. - ¡Regocijaos, pues me dispongo a dar muerte a todos y cada uno de vosotros!

-Sesenta y seis... sesenta y siete... sesenta y ocho...

La última sílaba quedó crispada cuando Cortesquirla se atascó en un aullante duardin, negándose ferozmente a ser llevada más allá del sagrado eco del sesenta y seis. El Príncipe Despojado chasqueó la lengua indignado, antes de arrancar la espada para liberarla y dejar que la biseccionada criatura se derrumbase.

Una sonrisa burlona asomó en la cara de Sigvald antes de fintar. Su hoja esta vez cortó como es debido, decapitando a dos duardin que le acechaban por la espalda. Sacudiendo su sangre del acero demoniaco, se giró para interceptar otro golpe con su escudo espejado, golpeando después con su terrible borde para degollar a otro guerrero.

-Setenta y uno."

Pisoteando la máscara del sacerdote que había asesinado momentos antes, y aplastando el grueso cráneo de debajo, Sigvald se volvió hacia el último enemigo, alguna clase de príncipe duardin. Este claramente estaba teniendo problemas para mantener su actitud desafiante estando cara a cara con el hijo favorito de Slaanesh, la boca ansiosa, los ojos medio iluminados. Sigvald no le podía culpar. El Príncipe Despojado se incorporó,

sacudiendo su dorada melena y dejando que el intenso muro de fuego lo convirtiese en una silueta. Démosle a la criatura una vista para recordar antes de que muera.

De pronto, el duardin pareció recobrase; brotaron llamas de su hacha cuando golpeó, casi chamuscando la inmaculada carne de Sigvald. El brazo del Príncipe Despojado salió disparado hacia delante, la punta de Cortesquirla atravesando el pecho del duardin. El guerrero quedó rígido mientras la sangre brotaba de su boca, los ojos todavía encendidos con desafío mientras Sigvald levantaba su forma empalada. Riendo para sí, inclinó la punta de la espada hacia arriba, haciendo que el duardin se deslizase por el metal hasta la guarda. Estar tan cerca del aliento rancio de la criatura era odioso, pero la oportunidad de hacer un último y doloroso comentario era demasiado atractiva para dejarla pasar. Cuando Sigvald abrió la boca para hacer justo eso, el duardin se quedó paralizado de nuevo, mientras se le hinchaban los ojos. Torciendo el gesto con sorpresa, el Magnífico soltó un gruñido de disgusto cuando su víctima reventó, cubriéndolo de sangre y vísceras.

Arrojando a un lado el cadáver con un movimiento de Filoagenteo, Sigvald se giró con la mirada salvaje hacia el sonido del fuego muriendo tras él. Una enorme masa surgía de la penumbra de los túneles duardin, oscurecida por nubes de denso incienso. La serpentina cabeza de un palanquín casi rozaba el techo del pasadizo mientras era arrastrado hacia delante, rodeado por chillones guerreros que se abalanzaron sobre los destrozados duardin para devorar su carne. Para Sigvald eran irrelevantes. Toda su atención estaba puesta en el palanquín; en la hinchada y aceitosa figura que estaba en su corazón, más concretamente.

-Así que - exclamó Sigvald, con los brazos extendidos de forma magnánima - Al fin, ¿vienes a ofrecer tributo?

Glutos Orscollion, el Señor de la Glotonería, no ofreció nada más que un resoplido. Recostandose aún más en su opulento diván, el hechicero mordió un bocado de un brazo amputado y retomó una aparentemente profunda conversación con la cabeza de su báculo. En su lugar, una sacerdotisa calva se asomó desde el borde del palanquín, con las demacradas facciones componiendo una sonrisa.

-El grandioso Glutos Orscollion, aquél que es Gran sabía que te nos unirías en este comedido...

-¿Unirme a vosotros? No precisamente. - interrumpió Sigvald, arqueando una perfecta ceja. - Sois vosotros los que habéis venido a buscarme, después de todo. - La crispación cruzó fugazmente las facciones de la sacerdotisa, pero su sonrisa no decayó.

-¿Dónde está tu Hueste Decadente, Príncipe Despojado?

-Acabé por aburrirme de ellos - suspiró, agitando una mano. - Y no tengo tiempo para quienes no me pueden seguir el ritmo. - Ante su gesto desaprobatorio, el Magnífico esbozó una sonrisa burlona, señalando hacia los cadáveres amontonados a sus pies. - Setenta y dos de estas pequeñas amenazas he exterminado. ¿Estabas llevando la cuenta, mi querido Orscollion?

-Ah. Así que a eso estamos jugando. - clamó una rica voz de barítono antes de que la mujer pudiera responder. Inmediatamente, los Hedonitas que rodeaban el palanquín se postraron, las caras apretadas contra el suelo. Esperar de

Gourmet, ya



Glutos que se mantuviese físicamente de pie habría sido demasiado, pero el Señor de la Glotonería se las arregló para inclinarse hacia delante desde su montaña de cojines de raso, la mano descansando sobre un carnoso muslo. Incluso semejantes movimientos disciplinados agitaban cada papada y pliegue de reluciente carne. Orscollion formó una media sonrisa indulgente.

-Una puya trivial, noble Príncipe Despojado. Y, si me permites añadir, un poco desesperada - rió para sí Glutos. Con un chasqueo de los dedos, un atrofiado siervo se balanceó desde la parte trasera del palanquín, ofreciendo un plato sobre el que había un cerebro fresco. El hechicero no perdió un momento para hincarle el diente, asintiendo mientras líquido cerebral chorreaba por su barbilla. -Aquellos hijos de nuestro amo que se divierten junto a mí susurran sobre tu infeliz destino, atrapado en un trozo de cristal durante milenios. Entiendo que tienes muchos asuntos con los que ponerte al día, comparado con individuos más... establecidos, podríamos decir, pero desafiarme va más allá de tus capacidades.

Sigvald iba a matar a ese miserable presuntuoso, eso lo había decidido tras mirarlo unos pocos segundos. La única pregunta era cuándo, y cada palabra que brotaba de los labios del corpulento campeón acercaba el momento más y más. Sin embargo, con los ojos de la hueste de Glutos sobre él no podía permitirse perder los papeles. Las formas había que mantenerlas.

-Como decía, setenta y dos...

-Un número impresionante, desde luego - asintió Glutos, estremeciéndose de placer mientras acababa de devorar el cerebro y se lamía sus gruesos dedos. -Pero considera esto: yo mismo he ofrecido sesenta y seis almas para la mesa de banquetes del Príncipe Oscuro hoy. Un número de lejos más auspicioso, como coincidirás conmigo. ¿O eso también se te olvidó mientras esperabas a ser rescatado?

Cortesquirla se crispó en su mano, su filo reflejando la tenue luz de las antorchas de forma amenazadora. En respuesta, el Señor de la Glotonería soltó una carcajada e hizo un gesto con su bastón. La sonrisa homicida de Sigvald se congeló cuando sintió como sus entrañas se agitaban, apretándose contra su escultural figura. Mientras sus propias bendiciones oscuras combatían contra la hechicería del campeón rival, se permitió soltar una cautelosa risita, entrecerrando los ojos.

-Vamos vamos, Glutos. No hagamos nada de lo que nos vayamos a arrepentir, ¿eh?

Cualquier respuesta fue frustrada cuando las efigies del dios-guerrero duardin que rodeaban la cámara explotaron de pronto, bañando tanto a Sigvald como a las deformadas bestias que tiraban del palanquín de Glutos con metralla dorada. Parpadeando con sorpresa, Sigvald contempló cómo los fragmentos se deslizaban uniéndose, formando una única masa. La cacofónica inmensidad tomó una forma sinuosa: una serpiente bicéfala, una de las cabezas de semblante elegante y refinado, la otra una masa angular de brillantes cuernos y colmillos. Mientras esta última se dedicaba a despedazar los cadáveres de los duardin, retorciéndolos cada vez más, la primera recorrió la cámara con su mirada sin párpados, antes de posarla sobre los dos campeones.

Príncipe Despojado, Señor de la Glotonería. Basta. Vuestras disputas no sirven al Príncipe Oscuro. Partid hacia las tierras aullantes, donde la lanza resplandeciente refleja pasado y futuro. Allí el banquete será celebrado.

Entregado su críptico mensaje, la entidad soltó un chirrido mientras se expandía y estallaba. Esta vez Sigvald estaba preparado, el escudo levantado para desviar los afilados fragmentos. Mientras bajaba el gran disco bruñido, se hizo el silencio. Incluso los extasiados ronroneos de los discípulos de Glutos habían cesado, por suerte.

Chasqueando la lengua, Sigvald lanzó una mirada hacia su oponente. El Señor de la Glotonería parecía estar recuperándose, pero la mirada que le devolvió no fue menos precavida por ello. Algo en ella divirtió al Príncipe Despojado, su ira vengativa disminuída, si bien no olvidada. Resoplando, envainó su hoja, moviéndose ya para abandonar la cámara. Ya se había cansado de este lugar de todas formas.

-Bueno, entonces... ¿vamos?

OFRENDAS OSCURAS

Cuatro figuras huidizas se aproximaron al trono e hicieron una profunda reverencia. Incluso mientras hacían esta exhibición de obediencia al señor de esta cámara maldita, sus ojos saltaban rápidamente del uno al otro, cargados de odio y sospechas. Sus incisivos amarillos estaban a la vista y los pelos de sus cogotes, erizados.

Eran Señores de la Muerte del Clan Eshin, todos ellos maestros del asesinato, la distracción y la masacre. No había ningún ser en los reinos en el que confiasen menos que en ellos mismos pero, cuando las sombras hablaban, su enemistad se suprimía momentáneamente reemplazada por una trepidación temible.

- Estáis aquí porque necesito una espada rápida y silenciosa, - dijo el ser del trono. - Un asesino que pueda penetrar en cualquier fortaleza, sin importar las guardas arcanas ni los centinelas que no duermen que la protejan.

Su voz sonaba como una espada arañando hueso, una promesa de muerte y tormento que resonaba horripilantemente en el interior de las mentes. Las sombras que envolvían al locutor eran tan oscuras que los skavens solo podían ver la vaga silueta de su enorme cuerpo alado. En el centro de esta masa negra se encontraban dos ojos terribles: unas esquiras de hielo gemelas, despiadadas y antiguas.

- Presentad vuestras ofrendas, - dijo, haciendo un gesto con una mano con garras que podría destrozar sus cráneos con apenas un movimiento brusco. - Demostrad vuestra habilidad, ya que la alimaña que más me impresione obtendrá más recompensas de las que podáis imaginar.

Mikkerik, del clan Stabstrik, fue el primero en avanzar, sujetando con fuerza un saco de tela blanca con manchas rojas de sangre. Hacía mucho, un escufefuego duardin le había quemado prácticamente todo el pelo, lo que le hacía parecer una cría descomunal. Mientras se iba acercando al trono, Mikkerik se iba encogiendo cada vez más a la que vez que se rascaba sus prominentes costillas. Parecía que estar tan cerca del señor sombrío le estuviese provocando náuseas.

- Gran maestro, ningún trofeo es mejor-mayor que el mío, - siseó el Señor de la Muerte Stabstrik, volcando el saco. Tres cabezas cortadas salieron rodando de su interior. Tenían un aspecto noble y hermoso, y sus caras parecían serenas a pesar del muñón rojo y deshilachado que se encontraba bajo sus cuellos.

- Los señores de la luz de Elune, - dijo Mikkerik. - Estos hermanos de orejas puntiagudas pensaban que estaban seguros-escondidos dentro de su Palacio de los Prismas, pero ningún lugar está a salvo del clan Stabstrik. Mikkerik trepó por sus muros resplandecientes, se deslizó rápida-velozmente en sus cámaras de meditación y les cortó la garganta incluso antes de que abriesen los ojos.

La criatura situada a la izquierda de Mikkerik resopló. Esta bestia roedora era vieja y canosa, y tenía un par de grandes anteojos de bronce atados sobre su hocico.

- ¿Cosas-aelfas muertas?, - se mofó. - ¡Aburrido! En sus tiempos, el Señor de la Muerte Curr mató a un millar. Cualquier cachorro ciego podría traer un regalo como este al señor sombrío. El mío-mío es muchísimo mejor.

Con un ademán ostentoso, Curr reveló un conjunto de



llaves brillantes que colgaban de su túnica. Una era de bronce, otra era de plata y la más grande estaba compuesta de oro puro, y sus muescas habían sido forjadas para recordar a los dientes de un draco ígneo.

- Las llaves de la forja de Dhrazmmar, - dijo el Señor de la Muerte Curr con una risilla. - Curr mató a los sacerdotes y se las quedó. Sin sus estúpidos clérigos para atenderla, la llama de la gran fortaleza de magma se apagó enseguida, y ahora los barbudos se esconden-tiemblan dentro de su agujero.

La risa de Curr se convirtió en un chirrido que fue interrumpido enseguida por la tercera figura skaven, quien apartó a su rival de un codazo.

- Regalos insignificantes, - dijo, haciendo un gesto de desprecio con una de sus garras. - No son nada comparados con lo que ha traído Gnawspot, ya que él es el mejor Señor de la Muerte de todos.

Gnawspot chasqueó los dedos y dos rátidos andrajosos salieron de la oscuridad a toda prisa, llevando entre ambos lo que parecía ser un alto espejo ornamentado cuya superficie brillaba con una suave luz cerúlea. La habitación se enfrió de repente y se formó una capa de escarcha sobre el suelo.

- Gnawspot ha viajado hasta la Ciudad Espejada, - dijo, su voz vibrante cargada de bravuconería. - Ha vuelto con su pelambre intacta. ¡Él te trae esto, poderoso, como prueba-certeza de que es el mejor!

El ser del trono se inclinó hacia adelante. Al inspeccionarlo más de cerca, se podía ver que el espejo no reflejaba la oscuridad de la cámara sino que mostraba una ciudad fantasmal de dimensiones imposibles, una metrópolis de cristal fragmentado y altas torres retorcidas. Había figuras en su interior: seres fantasmales con caras angustiadas que presionaban sus manos descarnadas contra el cristal.

- Impresionante, - murmuró el ser. - No es fácil penetrar en la prisión maldita del Nigromante, y mucho menos aún escapar.

Gnawspot medio sonrió y medio hizo una mueca de dolor. Al mirar hacia abajo, a su pata llena de cicatrices, vio una decoloración purpúrea que se extendía dolorosamente por su extremidad superior.

- ¿Y qué hay de ti, Crixxit del clan Nictus?, - dijo el señor sombrío. - ¿Qué trofeo me traes? Todas las miradas cayeron sobre el último de los Señores de la Muerte, el cual estaba agachado a cierta distancia de los suyos y utilizaba el cuchillo de su cola para afilarse las garras.

- Crixxit no trae ningún regalo, - dijo Crixxit.

- ¡Ja!, - soltó Mikkerik, acompañado de un eructo agrio.

- Patético loco, - dijo Gnawspot con desprecio mientras se rascaba furiosamente su brazo irritado. El Señor de la Muerte Curr enseñó los dientes al esbozar una mueca de desprecio, y escupió una bola de pelo y babas.

Sentado en su trono, los brillantes ojos del maestro se estrecharon hasta convertirse en un par de rendijas de pura furia. Las sombras se retorcieron y fluyeron, como animales que levantasen el vuelo ante una amenaza inminente de violencia. Todos los Señores de la Muerte dieron un discreto paso hacia atrás, anticipando ansiosos la horripilante muerte de su colega.

- No es sabio malgastar mi tiempo, - gruñó el señor sombrío.

El Señor de la Muerte Crixxit abrió los brazos de par en par e hizo una profunda reverencia.

- Grande-poderoso, Crixxit no necesita trofeos para demostrar su habilidad. Será algo obvio en breves momentos, cuando mate a estos idiotas de pelaje costroso.

Un coro de siseos y maldiciones brotó de los demás Señores de la Muerte, quienes de repente estaban blandiendo un increíble surtido de shurikens, dagas, hojas de puño y otros variados instrumentos de asesinato. Crixxit les miró con una expresión más de curiosidad que de miedo.

- En breves momentos, - repitió.

- Permítanos arrancarle la piel a este desgraciado Nictus, - gruñó Curr.

El maestro del trono mostró su conformidad haciendo un gesto con la mano y los tres asesinos se pusieron súbitamente en movimiento, saltando hacia su presa convertidos en un borrrón de cuchillos y colmillos chasqueantes.

La daga empapada en toxinas de Curr estaba a una distancia no más grande que el ala de una bubiérnaga al ojo de Crixxit cuando su movimiento cesó por completo y sus músculos se quedaron totalmente rígidos. La mirada del skaven afectado se dirigió a Mikkerik, quien estaba congelado en el acto de arrojar un puñado de shurikens, su cuerpo desprovisto de pelo temblaba y le brotaba sangre de su hocico y de sus aterrorizados ojos. De alguna manera, Gnawspot conseguía moverse tambaleante a pesar de ser obvio que sufría la misma aflicción espantosa. Seguía agarrando con fuerza sus dos espadas cortas, aunque se convulsionaba con tanta fuerza que Curr oyó el familiar sonido de huesos al astillarse. El propio Curr empezó a temblar incontrolablemente, atormentado por oleadas de agonía indescriptible que le retorcieron el esqueleto y le pusieron los músculos del revés. Su columna vertebral se dobló hacia atrás y notó la horrible sensación de sus costillas abriéndose paso a través de su pequeño pecho.

- Ahora, - dijo Crixxit, asintiendo satisfecho.

Los tres Señores de la Muerte explotaron generando una lluvia de sangre y huesos rotos. Crixxit estaba justo en medio del chaparrón de vísceras y tuvo que quitarse de encima un trozo de carne de skaven que le cubría desde el hocico hasta las patas traseras para poder ver algo. Se limpió los ojos con el dorso de una pata y se agachó para recuperar un par de gafas de bronce cuyas lentes estaban rotas. Eran todo lo que quedaba el desafortunado Señor de la Muerte Curr.

- Espora lívida yskiana, - dijo Crixxit, explicándose. - Todo lo que hace falta es un solo olfateo- olisqueo y se desarrolla dentro de tu barriga hasta que explota. Crixxit les envenenó hace varios días pero la sincronización puede ser... imprecisa. Esta es la prueba de que Crixxit es el maestro asesino más letal de todos.

Sostuvo en alto el par de anteojos ensangrentados.

La figura del trono se quedó en silencio durante un largo momento. Entonces, Crixxit vio el destello de unos enormes colmillos asomando a través de una sonrisa cruel.

- Servirás, alimaña, - dijo el ser oculto. - Servirás muy bien.

- ¿Cuál es el contrato-asesinato, oh maestro? - dijo Crixxit.

- Destruir lo imposible, - dijo la monstruosidad alada, levantándose de su sombrío trono. - Y, al hacerlo, propiciar el final del eterno.



ILUMINACIÓN

Solmenguante, tercero de Vivalto

¡Ganancia del Colono, por fin! La joya de Xintil, qué brillantemente resplandece. Vale la pena el viaje, aunque echaré mucho de menos a Jarasper, por supuesto. Ojalá hubiera visto este lugar antes de morir. Aún así, tengo que recordar, él hubiera querido que disfrutáramos aquí de la gloria de vivir. Hacer que su sacrificio valiera la pena.

Estrellas de Azyr, este lugar es increíble. ¡Los alimentos! ¡La música! Mi alma se siente como si estuviera cantando cada vez que doblo una nueva esquina. Es difícil conseguir una bebida decente, pero de ninguna manera imposible una vez que conoces a las personas adecuadas, y siempre de buena calidad. Tienes que venir aquí de alguna manera, querida. Solo asegúrate de traer tu mejor vestido ...

Para ser un lugar donde dicen que lo importante es el yo interior, le dan mucha importancia a las apariencias.

Cométares, último de Vivalto

Brilla tanto aquí, mi amor. Cegadoramente, a veces. ¡No es de extrañar que estén de moda los sombreros elaborados! Es eso o llevar lentes de vidrio ahumado si quieres ver cualquier cosa aparte de un fulgor cuando el cielo está resplandeciente.

Dicen que antaño fue una luz cálida en lugar de opresiva, que una evolución del propio reino hizo que el cielo despiadado y sin nubes se convirtiera en una lente, una lente que hacía que la luz de Hysh quemara la piel de aquellos que no reconocía. Una forma de exorcismo, según cuentan los señores del Reino. Una medida necesaria, una adaptación, así como el cuerpo se adapta para combatir una infección. Los contrabandistas que conocí en el Distrito Jardín no están convencidos. Creen que cambió debido a la época en que los aelfos llaman la Caída de la Aguja. Que los fuegos de su cataclísmica guerra civil quemaron algo en el propio aire.

¡Ah, benditos Aelfos! “Tan hermosos, tan elegantes. Qué suerte tenemos los colonos de tenerlos como mentores”. Así es como todo el mundo habla de ellos. Al menos en sus caras.

Han ordenado esta ciudad hasta el último detalle. Es una obra de arte. Realmente deberías verla, si puedes. Prácticamente prístina en los distritos internos. A veces los tutores te miran como si estuvieras ensuciando el lugar con solo existir. Aquí ni siquiera puedes soltar ventosidades sin sentirte culpable por ello, como si estuvieras ensuciando su preciosa armonía. ¡Flatulencia como acto de caos! Sin duda, simplemente evaporan sus propios desechos corporales en rayos de luz. Tal vez los expulsen de la boca en forma de aire caliente, hablan mucho del mismo al fin y al cabo.

Arcobalde Lazerne lo entiende. Mi lección principal de hoy es con él, y estoy deseando que empiece. El viejo Balde es un buen maestro (“para un humano”, añadirían los aelfos), y tengo toda la fe en que nos ayudará a superar la Evaluación del Cométares, pero no es por eso que me gusta tanto. Él siente lo mismo que nosotros sobre los Lumineth y, aunque no es lo suficientemente estúpido como para predicar abiertamente, podemos leer sus inflexiones muy bien. Ese brillo en sus ojos, todo el tiempo. Me encanta. Qué carisma.

Es un juego al que jugamos, él y yo, tratando de transmitir el subtexto más entretenido sin esbozar una sonrisa. Si uno de los tutores aelfos levanta una impecable ceja ante algo que decimos, nos hacemos el tonto y siguen adelante, desdeñosos como siempre lo son cuando los decepcionamos. Tal vez sepan exactamente lo que estamos haciendo, pero son demasiado remilgados como para llamarnos la atención no sea que las cosas vayan a peor.

Por otro lado, tal vez realmente piensen que somos poco más que mascotas, un grupo de simios con túnicas blancas que juegan a ser intelectuales. Que el Tiempo del Caos nos redujo a todos a una barbarie que ya inicialmente nunca estuvo tan lejana. Bueno, Sigmar era uno de nosotros, ¿no? Recuérdame, ¿quién se sienta en el trono de Azyr? ¿Quién sacó a la civilización del borde del desastre? ¡Ja! Con todas estas preguntas retóricas, ahora hablo como uno de tus caballeros plateados. “¡Solo los fieles!”

Quizás te gustaría que me vistiera con una cota de malla alguna vez. Incluso podría cubrirme las piernas con un poco de hierba de plaga si eso ayudara.

Génitus, último de Vivalto

Extraña, esa lección del Cométares. El viejo Balde parecía inusualmente serio y bastante distraído. Mantenía su mirada en los prismas. Estuvo bien una vez que se metió en el meollo, empezando a detallar los doce exorcismos y las variantes practicadas en cada una de las Grandes Naciones. Entonces, entusiasmado con el tema, hubo un poco de su antigua sonrisa en sus palabras mientras hablaba de desterrar espectros y enviar espíritus inquietos de regreso a Shyish. Una especie de especialidad de Balde, supongo. Dijo que nos mostraría el Faro del Intelecto en una lección en el patio si pasábamos nuestros semestres. Está muy satisfecho con su Luminark, porque en ese momento esbozó una gran sonrisa, sus dientes blancos deslumbrando en el cuero marrón arrugado de su rostro. Aún así, se puso serio de nuevo cuando un Lumineth pasó por la puerta del anfiteatro.

Mas tarde, algunos de nosotros nos quedamos. Le pregunté qué le pasaba. Doce Rayos, sentimos un escalofrío ante la respuesta.

“No se llaméis la atención de los aelfos, mis estudiantes”, dijo. “De esa manera, algún día conoceréis la paz”.

Voló alto en su tiempo, ese viejo calvo. Puede que vuelva a volar. Pero escucharlo decir eso ... tengo que decir, mi amor, que fue de lo más desalentador. Quizás los detractores tengan razón. Hay algo profundamente erróneo en este lugar si constantemente insisten en que te levantes, solo para derribarte si te elevas demasiado. Para obligarte a abrir los ojos y luego cegarte si ves demasiado.

¿No ven lo mal pensado que está?

Vacíores, primero de Destello de Azyr

Está empeorando ahí fuera. Más rumores de descontento, palabras duras en lugar de miradas duras, especialmente cuando alguien no pasa un examen y es enviado de regreso a los Distritos Simples. Dios-Rey, incluso ese término me irrita los nervios. Dicen que es porque la arquitectura se mantiene en ciertos principios minimalistas, que la simplicidad es hermosa. Pero, ¿me estás diciendo que es una coincidencia que solo los humanos vivan aquí? En serio, Distritos Simples. Pomposos mojigatos.

Hablando del tema de la nomenclatura, todo el tema del título formal de la ciudad se está saliendo de control. No hay forma de que los descendientes de los fundadores lo llamen “Yllurai Xhen”, y mucho menos lo firmen. No de este lado de la tumba de todos modos. Claro, ya no es el puerto de ningún pionero. La ciudad es una maravilla de los reinos, sus agujas brillan de blanco en el calor brillante mientras los Prismas de la Iluminación flotan en una danza majestuosa a su alrededor como estrellas de cristal congeladas. Esas cosas también me dan escalofríos. La gente se siente atraída por ellos, a veces. Los hemos visto “atracar” en las torres más altas el tiempo suficiente para que la gente entre y otros salgan. Diminutas figuras, cabezas colgando, siempre acompañadas de un par de Lumineth de yelmo alto.

Aún les superamos en número qué, ¿seis a uno o algo así?. Ganancia del Colono es una ciudad de hombres, no de aelfos. Una ciudad de pioneros que finalmente encontraron algo bueno en los estragos de una época oscura. Los Lumineth no pueden quitarnos eso, ni siquiera en nombre de un mundo mejor.

Cuanto más nos asfixian con su “elevación” e “inspiración”, más lucharemos por el aire. Seguirá llamándose Ganancia del Colono. Ahí es donde trazamos la línea. Todos estamos de acuerdo, incluso los veteranos.

Especialmente los veteranos.

Cométares, primero de Destello de Azyr

Arcobalde no se presentó a su lección de hoy. En cambio, teníamos a la Maestra Llina-Illit Shai, una Syari con grandes ideas sobre la naturaleza de la identidad en la artesanía. Le pregunté dónde estaba Arcobalde, después de clase. Me miró como si fuera un insecto. Me dijo que estaba disfrutando de su descanso anual y que ella era la suplente que cubría su ausencia, y algo en su tono me decía que no insistiera en el asunto.

Presionaré si es necesario, pies livianos. Balde no mencionó nada sobre un descanso en la última lección.

Cométares, segundo de Destello de Azyr

Bueno, el viejo buitre regresó esta semana. Una vuelta con estilo, impecables nuevas túnicas de oficio y con paso verdaderamente enérgico. La luz estaba de vuelta en sus ojos cuando nos miró, pero no era el destello de una broma privada, un secreto compartido. Era más como mirar un par de linternas, para ser honesto. No me sentó bien.

Durante una hora y media, Arcobalde habló extensamente sobre la gloria de la Simbiosis Xintiliana. Nos dijo a todos lo necesario que era para los Calligraves sellar la tierra con sus runas de una milla de largo. Le he oído cantar otra canción muy diferente sobre el tema, y no hace mucho. Le pregunté si valía la pena, sin importar el hogar de quién se incinerara en el proceso, o si los residentes estaban en casa en ese momento.

Serenamente explicó por qué se había equivocado en el pasado al pensar que el daño colateral era un factor prohibitivo, que las muertes eran sacrificios, martirios a la causa mayor de contener el flagelo del Caos. Citó ejemplos, incluso dibujó algunos diagramas luminosos en el aire, mientras me miraba directamente con esa sonrisa beatífica.

Los martirios significan mucho más cuando son voluntarios, ¿no crees?

Un pergamino de citación se deslizó en mi regazo en la siguiente conferencia, las runas del nombre de la Maestra Shai en el criptosello y las de Arcobalde junto a ellas.

Me sentí enfermo. Me fui a casa temprano.

Vacíores, tercero de Campocreciente

Muchas disculpas por la falta de correspondencia reciente, ¡pero tengo maravillosas noticias que impartir! Todas mis dudas han sido quemadas por la luz de la verdadera edificación, paloma mía. Todas mis preguntas han sido respondidas satisfactoriamente.

Estaba equivocado, lo admito humildemente ahora. El descontento forma parte de la condición humana, después de todo, ¿no es así? La provincia de los encadenados. Entonces uno asciende a un plano superior de pensamiento, como yo, y encuentra una dosis de perspectiva.

No puedo agradecer lo suficiente al querido Arcobalde por ayudarme a ascender, y a la sublime Maestra Shai junto a él. Con la gracia de los Tutores, con su amable invitación a permanecer dentro de una de las maravillosas cámaras de los Prismas de la Iluminación, he visto la luz.

El gran peso de la amargura y la sospecha ha sido dejado de lado, como un niño quita las insignificancias de la juventud para enaltecerse mejor. Yllurai Xhen es una ciudad sin defectos, una obra maestra de diseño civil y una gloriosa teoría hecha práctica. Es un símbolo, lo veo ahora. Un icono de la simbiosis entre aelfo y hombre. Aunque ciertamente se trata de una sociedad que dista mucho de ser igualitaria. Somos los estudiantes afortunados y ellos son nuestros mentores benevolentes.

Con el tiempo, todas las naciones de Sigmar se darán cuenta de esto a medida que las Ciudades de la Luz vayan tomando forma en los reinos. Con el tiempo, las viejas y sórdidas ciudades de los hombres, construidas con prisa sobre cimientos pobres, se derrumbarán y se desvanecerán. Cuanto antes llegue mejor.

Todo lo que quedará es utopía.

LA SENDA DE LA FUTILIDAD

- Pero, milord... ¿está usted seguro? - preguntó Petroff, como las otras trece veces anteriores desde que habían empezado. Al menos, Mannfred creía que habían sido trece. Ya había dejado de contar.

Soltando un suspiro, el von Carstein resistió el impulso de decapitar a su sirviente en un arrebatado de desprecio e irritación. Suponía que no podía culpar a Petroff. Incluso después de haber llevado a cabo suficientes hazañas atrevidas como para varias vidas, tal vez lo que planeaba conseguir esta noche era una audacia, en el mal sentido de la palabra.

- Te preocupas demasiado, - se rió el Mortarca con falsa cordialidad. Mientras miraba de reojo a su subalterno a través de la pesada oscuridad de la bóveda del Castillo Sternieste, Mannfred dio unos golpecitos a la cajita marcada con runas que llevaba en sus manos. - Viví... es decir... soporté la muerte de un mundo. Algunos dirían que yo la precipité. Creo que puedo manejar a un puñado de éter agresivo. - Un rugido bajo y ronco procedente de la parte de atrás de la cámara hizo que Mannfred girara rápidamente la cabeza y gruñera: - Y deja de refunfuñar, Ashigaroth. La cobardía no es propia de ti. - En respuesta, el horror abismal soltó un siseo chisporroteante, y sus entrañas anaranjadas como un horno empezaron a brillar con más fuerza cuando se puso a intentar morder los espíritus errantes que flotaban a la deriva por toda la cripta.

Resoplando, Mannfred devolvió su atención al centro de la cámara. Siete esclavos vivos, sacados de las aldeas más oprimidas de Carstinia, ya habían comenzado el ritual, marcando las baldosas con sellos de corrupción que ya eran antiguos cuando los reinos aún eran jóvenes. Esas runas estaban comiéndose la mampostería, convirtiendo la roca en lodo burbujeante. Incluso si el ritual de esta noche salía perfectamente, esta cámara tendría que sellarse durante décadas. Aún así, Mannfred había vivido toda su no-vida bajo el principio de que valía la pena aprovechar cualquier ventaja. El Mortarca se quedó mirando un momento cómo sus siervos vertían icor manchado y metían trozos de carne rancia en el interior del caldero, cada movimiento acompañado por una endecha sonora y el tintineo de unas campanas de hierro oxidado. Entonces, devolvió su mirada a la caja.

- Adquirí esto en el Lodazal Almapútrea, ¿sabes? - dijo Mannfred, mientras abría la tapa con un chasquido y sacaba de su interior un pesado guantelete de piedra ánula. Petroff retrocedió un paso cuando el Mortarca mostró un retorcido cuchillo. La hoja parecía estar tallada a partir de un hueso enmohecido y, el mango, forjado con corazón de roble podrido y envuelto con hiedras morbosas. Esa cosa emanaba una corrupción que crepitaba sobre los dedos de Mannfred, incluso a pesar de la piedra ánula. Solo los poderes profanos del propio vampiro la mantenían a raya. - Nunca se sabe cuándo puede venir bien tener a mano algo como esto. - El Mortarca avanzó a zancadas, vigilando a sus esclavos mientras cantaban y contando las sílabas.

Cuando la nota número setenta y siete brotó de sus siervos, el vampiro atacó. La hoja corrupta abrió todas sus gargantas en una rápida sucesión. Al único que le dio tiempo a actuar por instinto fue al último, levantando las manos como gesto de defensa antes de que el arma del Mortarca las atravesase junto con su cuello. Mannfred podía sentir la mirada hambrienta de Petroff ante los chorros de sangre carmesí que salpicaban el caldero, pero el vampiro ya había dejado pasar otros festines en el pasado a cambio de un beneficio mayor (y por su propio bien), y sin duda lo volvería a hacer. Cuando los cadáveres se derrumbaron, Mannfred lanzó una estocada hacia abajo, clavando la cuchilla en la carne empapada en sangre de dentro del receptáculo.

Una columna de luz (verde mohoso, amarillo febril y púrpura lívido, todos a la vez) brotó del caldero, acompañada por una oleada de pestenauseabunda. Tapándose la cara con la capa para protegerse del olor, Mannfred se preparó para recibir una oleada de fuerza mística. Incluso a pesar de los sollozos enloquecidos que ahora llenaban la bóveda, oyó a Petroff gritar cuando el vampiro fue lanzado de espaldas por los aires y a Ashigaroth encabritándose entre el tableteo de sus huesos. El siseo de mando del Mortarca hizo que el horror abismal se contuviese, sin que Mannfred dejara de mirar fijamente la odiosa no-luz.



La iluminación se disipó. Siguiendo su estela, algo se alzó en el interior del caldero. Parecía un árbol marchito que desplegaba sus ramas secas y retorcidas, pero Mannfred sabía que solo era una ilusión. Uno solo tenía que mirar la sombra que se formaba en el muro detrás de él para ver la verdad: la imagen de una entidad abotargada, inhumana y cornuda. Cuando la cacofonía se desvaneció, Mannfred bajó la capa y se enderezó. En el centro del tronco del árbol, un solitario ojo lechoso le miraba fijamente, temblando con una rabia apenas contenida.

- Atrevido, von Carstein, - resolló el árbol-demonio. Sus ramas se sacudían con cada sílaba y de su ojo supuraba un fluido repugnante. - Atrevido, incluso para ti. Invitar a uno de nosotros a tus propias salas.

- De todos los lugares de estos reinos que no me importan, el Castillo Sternieste es el que menos lo hace de todos, - el vampiro se encogió de hombros. - Lo único por lo que me arrepiento es por el hedor de los tuyos. Nunca he sido capaz de acostumbrarme a él.

- El Abuelo está disgustado contigo y con los tuyos, vampiro. Últimamente, has campado a tus anchas. Intentas detener la bendita entropía. Desafiar tu lugar en su gran ciclo.

- Me temo que está a punto de disgustarse mucho más, - se burló Mannfred. La expresión del Mortarca se endureció, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos sin perder de vista al demonio de la descomposición. - Dentro de este sello, criatura, estás bajo mis órdenes. Así pues, muéstrame. Muéstrame la Puerta Sangrante.

Tras borbotear como muestra de desagrado, la pupila del demonio titiló y se volvió translúcida. Una imagen apareció sobre el orbe lechoso. Mannfred se inclinó hacia delante. Sus ojos siguieron la visión de un portal rodeado por vides talladas y cuya luz espectral se derramaba por los yermos que la rodeaban.

- Sí... ahí está, - murmuró el Mortarca. - Más. Muéstrame las defensas. - Esta vez, el demonio pareció un poco más servicial. Un remolino de sangre cargada de pus se coaguló sobre la imagen antes de drenarse, revelando hordas de demonios ciclópeos y monstruosidades hinchadas que se bañaban en pantanos viles, y tribus de mortales marcados por runas impuras que se corrompían a sí mismos ante altares supurantes.

- ¿Lo ves, von Carstein? - graznó el demonio. - ¿Ves lo desesperado de tu tarea? ¿Su insalvable verdad? Toda Invidia se alzaría contra ti. El Cultivador se levantará en tu contra, y no hablemos de la maldita Reina Eterna y su prole.

- Oh, querido. Qué lástima. ¿Cómo voy a salir de esta? - dijo el vampiro, aún sonriente. Antes de que pudiese continuar, el demonio soltó una sonora risotada mientras su pupila se recomponía.

El ojo de la entidad se volvió hacia un lateral. Al seguir su mirada, la sonrisa de Mannfred se le congeló en la cara. Uno de sus esclavos se había derrumbado ligeramente descolocado, cayendo sobre una de las runas de vinculación del círculo y emborronándola. Un detalle pequeño, sí, pero crucial. Neferata se partiría de risa si alguna vez llegase a enterarse. La entidad soltó otra carcajada, y sus ramas crujieron y se sacudieron.

- De verdad que deberías ser más cuidadoso, von Carstein.

Mannfred saltó hacia atrás y desenfundó la espada Gheistvor una fracción de segundo antes de que el caldero explotase, rociándole con fragmentos de hierro. Lo que salió de su interior era una mole de carne supurante cuya parte inferior se dividía en dos piernas como tocones y cuyo torso estaba abierto de forma que los órganos pútridos que contenía podían derramarse libremente. Una vez más, el ojo se abrió en el centro del pecho de la entidad, con una mirada de furia redoblada. Múltiples bocas brotaron por toda la piel del demonio y empezaron a vomitar un torrente de hechicería pestilente. Recitando ásperamente una serie de encantamientos, Mannfred levantó una mano y desató un contrahechizo. Una tormenta de espíritus aullantes brotó para chocar contra las energías ruinosas, y ambos hechizos estallaron formando una lluvia de energía.

Mannfred apenas tuvo tiempo de levantar su espada cuando el demonio de la putrefacción se lanzó a por él a una velocidad imposible, atacándole con una de sus extremidades similares a troncos de árbol. Con una mano sujetando con fuerza la empuñadura de Gheistvor y la otra empujando la parte plana de la hoja, el vampiro detuvo el golpe. Cualquier mortal habría salido despedido por los aires o habría quedado convertido en pulpa en el sitio. En vez de eso, una fuerza preternatural inundó los miembros de Mannfred, su poder igualando al del demonio que se cernía sobre él. Mirando por encima de la espada, la mirada de Mannfred se cruzó con la de su enemigo. Muy a su pesar, sonrió.

Un aullido de furia anunció el regreso de Petroff. Había conseguido colocarse en el flanco del demonio y ahora cargaba con la espada desenvainada. El enemigo de Mannfred ni siquiera apartó la vista. A pesar de toda la fuerza que acompañaba el golpe del vampiro, solo consiguió que su elegante hoja se quedase atascada en la corteza del demonio. Antes de que Petroff pudiese recuperarla, un racimo de cepas pringosas brotó de la criatura infernal y le envolvió por completo. Mannfred solo pudo chasquear la lengua en señal de desaprobación cuando Petroff gritó de agonía y de terror, luchando en vano mientras era absorbido hacia el interior del cuerpo del demonio.

Devorar al vampiro pareció otorgar fuerzas renovadas al demonio. Su ojo se estremecía ante la expectativa de matar y presionó contra Gheistvor, generando más cepas que se alargaban buscando a Mannfred. Un burbujeo enfermizo brotó de la criatura cuando Mannfred siseó al verse forzado a caer sobre una rodilla. En respuesta, el vampiro alzó la vista, aún sonriendo, y escupió una sola palabra.

- Ashigaroht.

De repente, la cámara retumbó con el traqueteo de unas garras de hueso, y un aullido capaz de congelar las almas cortó el aire. Preparado para cuando su oponente perdiese el equilibrio, Mannfred se lanzó hacia delante agachado, pasando por debajo de la extremidad de madera del demonio. Antes de ser capaz de aplastarle, la entidad tuvo que retroceder tambaleándose cuando el horror abismal se abalanzó sobre su pecho. Su risa se convirtió en bramidos de furia y, luego, en aullidos de negación cuando Ashigaroht inmovilizó al demonio contra el suelo y empezó a despedazarle. A medida que el repugnante sonido inundaba la bóveda, Mannfred gruñó. Dolorido, el von Carstein se puso de pie apoyándose en Gheistvor, viendo como su montura daba rienda suelta a su rabia durante un largo rato.

- Afirmaste que la tarea que me espera en Invidia es imposible, - dijo Mannfred, ordenando a Ashigaroht que cesase mediante un gruñido. Lo único que quedaba del demonio era un trozo de madera retorcida con el ojo aún temblando en el medio. Incluso eso se estaba desvaneciendo, ya que la fuerza de la entidad estaba a punto de esfumarse. A pesar de ello, mientras alzaba su espada y colocaba su punta sobre el orbe rezumante de babas, Mannfred sonrió. Había una última cosa que quería que oyera en este plano. – Lo cierto es... que tienes toda la razón. – Con un único gesto fluido, el vampiro empujó a Gheistvor hacia abajo, justo hacia el núcleo del demonio. A pesar del volumen de sus aullidos, Mannfred estaba seguro de que había podido oír su último comentario.

- De hecho, mi intención es asegurarme de ello.



LA JUSTA DE REYES

Click.
Clack.
Click.
Clack.

Rodeado por la temblorosa luz proyectada por velas de fuego brujo, Vokmortian contemplaba el carrillón del reloj de pie en el corazón de su santum. El Señor del Diezmo de Huesos siempre había sentido aprecio por estos artilugios. En cada necrópolis construida por sus legiones, entre estanterías repletas de pergaminos y tomos de conquista, Vokmortian reservaba espacio para su inalterable y regular serenata. Este era una de sus últimas adquisiciones, moldeado a partir de gruesos huesos de ogro. Vokmortian poseía muchos de estos óseos aparatos, y muchos otros de manufactura más tradicional, aunque solo fuese para demostrar la clara superioridad de la precisión de los primeros sobre los segundos.

Pocos Cosechahuesos comprendían su fascinación. Zandtos era uno de los que lo hacían, pero probablemente fuese porque el viejo general era tan perfeccionista con la precisión como el propio señor del diezmo. El Gran Nigromante nunca había ordenado a su heraldo que abandonase su afición. Si se hubiese dado el caso, Vokmortian lo habría hecho al momento, pero incluso el hecho de haber sido creado como receptáculo de la voluntad de un dios no era razón suficiente como para olvidar los viejos hábitos.

Con el resonar de unos pies acorazados contra las baldosas, Vokmortian se volvió para ver las puertas de su santuario acabar de abrirse. Aunque su cara era, como siempre, una máscara de hueso esculpido, la rigidez en la postura de Horrek Venzai delataba que ese era el último lugar en el que deseaba estar. Cruzando con largos pasos la cámara repleta de pergaminos, y con la mano descansando sobre el pomo de su arma enfundada, el Señor Feudal Kavalos trataba de disimular lo desorientado que se sentía sin su corcel mediante su altiva pose. No obstante, el asentimiento de deferencia que le dedicó fue bastante auténtico.

-Alto Emisario.

-Había pensado que podíamos jugar una partida.

Cuando no estaba proclamando ultimatus, la voz de Vokmortian era un susurro abismal, aunque no del todo desagradable. Katakros lo había descrito en una ocasión como un sonido “miserable”, aunque el Mortarca probablemente lo había dicho como cumplido. Mientras hablaba, el emisario señaló hacia la mesa de marfil tras él, con una silla cercana.

Venzai le sostuvo la mirada un momento, hasta que, con un gruñido, rodeó la mesa y el tablero que había sobre ella, y se dejó caer sobre el asiento. El pesado sarcófago eternamente enlazado a la figura de Vokmortian le impedía hacer lo propio. En su lugar, se situó frente a su oponente mientras Venzai sostenía una de las cristalinas piezas del juego.

-Tienes un nuevo conjunto.

-Proveniente de Oultraí, según me han dicho. Me lo envió Zandtos. La artesanía Hyshiana es exquisita. - El emisario asintió, complacido por compartir el conocimiento. Sintió un destello de irritación cuando Venzai simplemente soltó otro gruñido y dejó la pieza en su sitio.

-Nunca he sido muy hábil en el Juego de Reyes.

Para algunos resultaba sorprendente descubrir que los Ossiarcas jugaban a juegos. Sin embargo, desde el punto



de vista de Vokmortian, su gente no eran espectros descerebrados; eran una cultura, y toda cultura tiene sus pasatiempos. Por descontado, todos estos juegos se basaban en principios lógicos y estratégicos. Incluso mediante sus distracciones, Katakros buscaba perfeccionar sus ejércitos.

El Juego de Reyes era una de dichas distracciones. Su núcleo lo componían elementos tomados de juegos de capturar piezas de todos los reinos, descartando cualquier cosa considerada superflua o excesivamente dependiente del azar. Se jugaba sobre un tablero de casillas dividido en dos niveles. Lo que ocurría en uno impactaba en el otro, y las piezas podían moverse de uno a otro en determinados puntos, como ocurre en los reinos o en los inframundos. Distintas casillas poseían distintos atributos, representando bosques montañas y demás. Lo más destacable era que Juego de Reyes utilizaba un tercer conjunto de piezas neutrales que cualquier jugador podía usar para perjudicar a su oponente. Sin embargo, mientras esta facción permaneciese en juego ningún bando podría hacerse con la victoria. Era un asunto de riesgo y recompensa, y de saber cuando alterar los propios planes. Solo los mejores podían coordinarlo correctamente.

-Estarás en buena compañía entonces- dijo Vokmortian. En algún momento había aspirado a ser un comandante que rivalizara con el Mortarca, pero había descubierto rápidamente que no era ese ni su talento ni su pasión. Aún así, confiaba en que Venzai no se contuviera con él pues, como el propio Nagash sabía, aunque nunca lo admitiría, se podía aprender más de una derrota bien disputada que de cualquier victoria fácil.



El emisario hizo los movimientos iniciales. Vokmortian podía sentir la sorpresa de Venzai mientras avanzaba con sus piezas por el tablero inferior, desdeñando totalmente el superior. Aunque la mayoría de jugadores del Juego de Reyes tomaban las acciones decisivas como una de las claves para la victoria, los primeros movimientos de Vokmortian fueron cautos. Tanteó los extremos del territorio de Venzai, comprobando dónde podía aguantar y donde no, sin comprometerse en ningún punto pero asegurando regiones del tablero superior mediante su posicionamiento en el inferior. Mientras lo hacía, el señor del diezmo murmuraba.

-¿Están preparadas tus defensas?

-¿Emisario?

-En Praetoris.- aclaró Vokmortian, mientras acababa de organizar otro cauto asalto. Cuando Venzai comenzó su turno el emisario vio que no debía preocuparse por la posibilidad de una partida sencilla. Las jugadas del Kavaloi eran propias de un soldado, pero no por ello faltas de estilo. Incluso mientras avanzaba firmemente por el tablero superior, el Ossiarca organizaba la mayoría de sus piezas con mano experta para responder en el inferior. Una cuña compacta de agresión controlada pronto se encargó de los recursos más desperdigados de Vokmortian, eliminándolos uno a uno o forzando su retirada.

-Todavía piensas que llegará el contraataque.

Aunque resoplaba de forma burlona, la agitación de Venzai aumentaba. Por mucho que lo intentase, no podía reunir suficiente fuerza para plantar cara a Vokmortian en ningún punto en concreto y aplastar a sus fuerzas. Las intrincadas maniobras y asaltos frontales que había preparado eran ejemplares, pero era ahí donde residía el problema. Las piezas de Vokmortian fluían alrededor de las de Venzai como el aullante viento nocturno de Dolorum. No buscaba grandes enfrentamientos, en su lugar bloqueaba sendas hacia el tablero superior cuando le era ventajoso y las empleaba él mismo cuando no, alterando el ritmo y el centro del conflicto a su antojo. Cuando cedía el control del tablero, era para dedicarse a resquebrajar las sólidas formaciones de Venzai, y a la constante disminución de la paciencia de su rival.

-Eres demasiado agresivo, Horrek,- dijo Vokmortian con una risa, mientras organizaba un puñado de sus piezas ahora reunidas en el tablero superior en formación defensiva. Predeciblemente, la vanguardia de Venzai se movilizó para arrasarla, mientras el señor del diezmo sacudía la cabeza y deslizaba más fuerzas tras el avance enemigo. -Los ejércitos de la Mortarca del Pesar ya avanzan sobre Ganancia del Colono. Independientemente del resultado, sería estúpido asumir que no habrá represalias. Mejor estar preparados.

-Que los aelfos lo intenten, si quieren,- gruñó Venzai, con su atención totalmente dedicada a los tableros gemelos mientras empezaba su siguiente turno. - Éste es nuestro baluarte. Y tú tienes problemas mayores de los que preocuparte.

Demasiado tarde, Vokmortian vio la estratagema. Al rendir el tablero inferior de forma prematura, había dado a Venzai espacio para preparar un revés que le quitase la iniciativa. Piezas que había tomado por desperdigadas y deambulantes repentinamente se movieron al unísono para cruzar hacia el tablero superior, extendiendo su influencia por casillas que los cálculos del señor del diezmo habían desdeñado erróneamente como irrelevantes.

Perdiendo terreno frente a este inabordable asalto coordinado, la mano de Vokmortian se alargó al fin hacia las piezas neutrales, hasta entonces sin usar. Aún mientras sacrificaba estos elementos prescindibles en un esfuerzo de frenar a Venzai, el señor del diezmo se vio jugando de nuevo en las manos de su oponente. Incapaz de concentrar sus fuerzas en un lugar en concreto, obligado a combatir en múltiples frentes, lo único que podía hacer era mirar mientras Venzai recogía el resto de esas fuerzas independientes para fortalecer su ya poderoso núcleo. Vokmortian solo podía intentar reducir los ángulos de avance, y mirar mientras Venzai atravesaba sus sobreextendidas defensas.

-Impresionante, Kavaloi- asentía Vokmortian, mientras se reposicionaba y trataba de recuperar algo de control. -Puedo ver por qué tu y tu Lanza del Terror habéis conseguido semejante reputación.- La única respuesta que recibió por parte de Venzai fue silencio, su avance menguando mientras seguía concentrándose en el tablero superior. Los largos segundos parecían arrastrarse, remarcados por el predecible sonido del reloj de hueso. El dedo de Vokmortian se movió para dar golpecitos en su bastón al ritmo de los lentos ruidos. Si había una cosa que no podía soportar, era el exceder un plazo determinado.

-¿Te ha abandonado tu coraje?

-Tienes una extraña forma de jugar, emisario,- murmuró Venzai, sin alzar la mirada. -Incluso ahora, tus piezas están agrupadas sobre las montañas, aquí. Si las hubieses abandonado y te hubieses retirado al tablero inferior, volviendo a tu estrategia de bloqueo de sendas, quizá podrías haberme obstaculizado lo suficiente para forzar un punto muerto. Es lo que yo habría hecho.

El Kavaloi estaba en lo cierto. Vokmortian ni siquiera se había dado cuenta. Sin embargo, en el fondo de su mente, donde los susurros del Gran Nigromante rozaban a sus propios pensamientos, sospechaba que no había sido una coincidencia. El hecho de ser un recipiente de un dios conllevaba que era difícil saber dónde acababa uno y empezaba el otro.

-Supongo que sí.- dijo al fin, asintiendo. -Contraatacarán, buscando humillarnos, así que volveremos sus acciones contra ellos. Acabará por decidirse en la montaña, al final.

-¿La montaña?

-No seas obtuso. La montaña. Hay quien dice que el rocoso corazón de Ymetrica fue lo primero en la creación. Interminable, a su modo. Sabes que el amo se resentirá por semejante afirmación. Hysh sufrirá por ello.

-Si tu lo dices, bienvenido sea,- se encogió de hombros Venzai. -De todas formas tus estrategias han demostrado ser inadecuadas. Te he superado y puesto en fuga. Arriba y abajo, todo danza a mi son.

-¿Eso crees?

La pregunta de Vokmortian no era retórica. El heraldo de Nagash miraba fijamente a la pieza gris que estaba sola a unas pocas casillas de donde sus cristalinas huestes chocaban con las de su rival. Previamente, la había utilizado en un desesperado intento de frenar a Venzai, y la había dado por perdida. Sin embargo ahora, por algún capricho del destino, esta pieza estaba situada de forma que podía amenazar al núcleo de ambas fuerzas. Un movimiento decisivo en cualquier dirección, y las tornas podrían volverse. Era Juego de Reyes en su forma más pura, pero había algo en la pieza que no le sentó bien al emisario.

Una esquirla de información, escrita en uno de sus innumerables tomos, surgió espontáneamente.

-Hay mordientes en Ymetrica,- conjeturó Vokmortian, levantando la pieza. -Uno de ellos se autoproclama emperador.

-Si eso es todo, no veo que nos deba preocupar en absoluto.

-Quizá.- asintió Vokmortian. Parecía una explicación insuficiente, pero ¿qué más había al respecto? Por mucho que lo intentaba, el emisario no lograba alcanzarlo. Murmurando para sí, volvió a dejar la pieza en su sitio. Tras mirarla por unos momentos, Vokmortian recompuso el tablero. La reflexión llegaba hasta cierto punto. Al final, todo debía ser puesto a prueba.

-Un empate, podría decirse. Empecemos de nuevo.





GUÍA DE TRADUCCIÓN

Esta es una traducción de material que no ha llegado a traducirse al castellano. Es un material hecho por fans y para fans, sin ánimo de lucro y con el único objetivo de extender el conocimiento sobre el trasfondo de Warhammer:Age of Sigmar entre la comunidad wargamera y todos aquellos que muestren interés por esta ambientación. Hay que remarcar que en esta traducción se ha pretendido desmarcarse del uso del spanglish, usado actualmente por Games Workshop en todas sus publicaciones.

Por supuesto, la licencia y propiedad intelectual de Warhammer:Age of Sigmar y todo su trasfondo, pertenecen a Games Workshop, y estas traducciones al castellano solo pretenden ayudar a que los lectores puedan comprender mejor los distintos conceptos y nombres de criaturas y lugares del trasfondo de este juego, y que dicha traducción, insistimos, no es oficial ni pretende sustituir en absoluto al material original.

Procedencia de las Traducciones: A continuación listamos todos los términos y nombres que hemos traducido, indicando asimismo su procedencia con las siguientes palabras clave:

Battletome - Libro de Campaña: Traducción proveniente de un battletome o libro de campaña oficial traducido al castellano

Minotauro: Traducción proveniente de una novela de Black Library traducida por Minotauro

Colección Mortal Realms: Traducción proveniente de la colección Mortal Realms de Salvat

Fantasy: Traducción proveniente del antiguo Warhammer Fantasy

No Oficial: Traducción no oficial pero lo suficientemente coherente y adecuada como para ser utilizada.

EQUIPO DE TRABAJO DE LA SIGMAROTECA

Traducción: Kokudeiro, Rubén, Asier y Pau.

Maquetación: ElCidFriкеador.



@LaSigmaroteca



AgeOfSigmarESP

AQSHY

Charrwind Coast: Costa Calimardiente (Libro de Campaña: Broken Realms Morathi)

CALENDARIO

Días de la Semana:

Cometsday: Cométars (No Oficial)

Zenithus: Cénitus (No Oficial)

Sunwane: Solmengunte (No Oficial)

Voidsday: Vaciores (No Oficial)

Meses:

Highspright: Vivalto (No Oficial)

Azyr's Gleaming: Destello de Azyr (No Oficial)

Meadowswell: Campocreciente (No Oficial)

CHAMON

Skrappa Spill: Barranko del Dezparrame (Colección Mortal Realms)

CIUDADES DE SIGMAR

Aelf/Aelves: Aelfo/Aelfa/Aelfos (Minotauro, Ghoulslayer)

Darkling Covens/Covener: Aquelarres Oscuros/ Bruja

Freeguilds: Gremios Libres (No Oficial)

Scourge Privateers: Corsarios del Azote (No Oficial)

FLESH-EATER COURTS

Mordants: Mordientes (Minotauro, Ghoulslayer)

FYRESLAYERS

Hearthguard: Guardia del Hogar (No Oficial)

Runeson: Hijo Rúnico (No Oficial)

Runesmitter: Golpearunas (No Oficial)

GHUR

Glimmerings (piedra magica que se produce en Excelsis): Destellos (Battletome Tzeentch 2020)

Hinterlands: Tierras Interiores (Reglamento Age of Sigmar 2 Edición)

Tuskvault: Cripcolmilllo (Battletome Hijos de Behemat)

GLOOMSPITE

Bad Moon: Luna Malvada (Battletome Gloomspite)

Grimscuttles: Reptaderez Zinieztröz (No Oficial)

Loonking: Lunarca (Battletome Gloomspite)

Moonclan: Clan de la Luna (Minotauro, Gloomspite)

Snarlfang: Colmibramante (Warhammer Underworlds)

HEDONITES OF SLAANESH

Blissbarb Archer: Arquero Puntagózosa (No Oficial)

Geld-Prince: Príncipe Despojado (Fantasy)

Gestharyx the Realmstrider: Gestharyx el Cruzarreinos (Libro de campaña: Sombra y Dolor)

Glavia Sinheart: Glavia Corazón de Pecado (No Oficial)

Glutos Orscollion, Lord of Gluttony: Glutos Orscollion, Señor de la Glotonería (No Oficial)

Grand Gourmand: Gran Gourmet (No Oficial)

Hedonite: Hedonita (No Oficial)

Lord of Pain: Señor del Dolor (No Oficial)

Painbringers: Portadores del Dolor (No Oficial)

Painmaster: Amo del Dolor (No Oficial)

Prophecy of Parturition: Profecía del Parto (No Oficial)

Slaaneshi: Slaaneshita

Shardslash: Cortesquirla (Battletome Hedonites of Slaanesh)

Sigvald the Magnificent: Sigvald el Magnífico (Fantasy)

Sybarites: Sibaritas (Battletome Hedonites of Slaanesh)

HIJAS DE KHAINE

Hag Queen: Reina Bruja (No Oficial)

High Oracle: Alto Oráculo (No Oficial)

Shadowstalkers: Acechadores de la Sombra (No Oficial)

HIJOS DE BEHEMAT

Gatebreaker: Abrepuertas (Battletome Hijos de Behemat)

Kraken-eater: Comekrakens (Battletome Hijos de Behemat)

Warstomper: Pisaguerras (Battletome Hijos de Behemat)

HYSH

Settler's Gain: Ganancia del Colono (Colección Mortal Realms)

IDONETH DEEPPKIN

Akhelian: Akheliano/Akheliana (No Oficial)

Akhelian Alloplex: Alloplex Akheliano (No Oficial)

Bloodsurf Hunt: Batida Olasangrienta (Libro de Campaña Broken Realms Morathi)

Deepmare: sin cambios (Battletome Idoneth Deepkin)

Embailor: sin cambios (Battletome Idoneth Deepkin)

Etersea: Mar Etérico

Falchion: Alfánje (Battletome Idoneth Deepkin)

High King Volturnos: Supremo Rey Volturnos (Libro de Campaña Broken Realms Morathi)

Soulscryer: Escrutaalmas (No Oficial)

KHORNE

Bloodreavers: Saqueasangres (No Oficial)

Deathbringer: Portamuerte (No Oficial)

LUMINETH REALM-LORDS

Sunmetal: Metal Solar (Battletome Lumineth Realm Lords)

OSSIARCH BONEREAPERS

Liege-Kavalos: Señor Feudal Kavalos (No Oficial)

Ossiarch Bonereapers: Ossiarcas Cosechahuesos (No Oficial)

SLAVES TO DARKNESS

Achaon the Everchosen: Archaon el Elegido (Fantasy)

Eater of Tomes: Devorador de Tomos (Libro de Campaña Broken Realms Morathi)

Gaunt Summoner: Invocador Demacrado (No Oficial)

SOULBLIGHT GRAVELORDS

Dread Abyssal: Horror Abismal (Fantasy)

Mortarch: Mortarca (Fantasy)

STORMCAST ETERNALS

Gryph-hound: Grifocán (Minotauro, El Jardín de Nurgle)